EL NUEVO ODRE DE DIOS

Arcadio Sierra Díaz

© El Nuevo Odre de Dios
Arcadio Sierra Díaz
Bogotá D.C., 2009

E-mail: cristiasidia@gmail.com
Bogotá D. C., Colombia
Canal Youtube - URL:
https://www.youtube.com/c/ArcadioSierraDiaz

Página de autor en Amazon - URL:
https://www.amazon.com/author/arcadiosierradiaz

CONTENIDO

Introducción, 5
1. **Cristo, el vino nuevo; la Iglesia, el nuevo odre**, 9
Escenario adecuado, 9,
Quienes necesitan de Jesús, 11
Entre la religión y Cristo, 14,
El ayuno religioso, 15
La iglesia se separa de la sinagoga, 17
Las iglesias locales y el vino nuevo, 19
Conversión del agua en vino, 21,
El odre nuevo en el reino, 23,
Ni en esta religión ni en aquella, 24
El vino nuevo en el odre nuevo, 27
El cuerpo de Cristo es un organismo vivo, 29
Prácticas religiosas con olor a judaísmo, 31
Transformaciones íntimas, 34
Nuestras reuniones como iglesia, 35
El gozo del Señor es nuestro gozo, 37
2. **Edificando el odre**, 39
Descorriendo el velo del misterio, 39
Crecimiento espiritual, 47
El tratamiento de Pedro, 52
Los bebés de Corinto, 54
La sabiduría de Dios en misterio, 58
Transformación de un engañador, 63
Una primogenitura negociada, 65
El engañador engañado, 69
3. **Gerizim - Trasfondo histórico de una religión**, 72
El origen de los samaritanos, 72
Jesús y la samaritana, 76
Una pecadora religiosa, 79
La auténtica adoración, 80
Hitos de un trasfondo histórico, 83
Persia y Grecia en la profecía, 83
La hegemonía macedónica, 86
El macho cabrío que volaba, 88

Los cuatro cuernos del macho cabrío, 90
El carnero herido de muerte, 92
El origen de un santuario, 94
Alejandro Magno en Jerusalén y Samaria, 97
Estamos siendo conformados, 98
4. **El odre viejo desechado**, 101
Trasfondo histórico, 101
La gloria postrera mayor que la primera, 103
Sabemos que has venido de Dios, 105
Lamento de Jesús sobre Jerusalén, 108
Israel rechaza a Jesús, 110
No quedará piedra sobre piedra, 116,
Vespaciano emperador, 118
Sitio de Jerusalén, 120
Un odre nuevo sustituye al viejo, 123
5. **El odre de Dios en la historia de la iglesia**, 125
Una síntesis histórica, 125
Revelación de Patmos, 127
Los siete períodos del odre de Dios, 128
Efeso, 129
Esmirna, 129
Pérgamo, 131 - Tiatira, 133
Un pequeño remanente, 136
Valdenses, 136
Juan Wycliffe, 139
Juan Hus, 139
Sardis, 141
Martín Lutero y la Reforma Protestante, 141
Nicolás Zinzendorf, 143
Filadelfia, 144
Las fortalezas de Filadelfia, 146
Vencedores de Filadelfia, 149
Retén lo que tienes, 150
Laodicea, 151

INTRODUCCIÓN

La encarnación del Verbo de Dios y su vivir humano en la persona del Señor Jesucristo, se dio en un momento histórico en que la nación de Israel hacía tiempo que había perdido su identidad, e imperaba el poderío romano sobre su territorio, ya de por sí fraccionado en provincias y tetrarquías que quedaron a la muerte de Herodes el Grande, gobernadas por títeres y fichas del Imperio, como lo narra Lucas en su evangelio, plasmando el panorama político de ese momento:

«*En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisanias tetrarca de Abilinia,* [2]*y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás*» (Lc. 3:1-2a).

Por otro lado, el declive moral y la corrupción que campeaba en el pueblo judío no podía ser peor; reinaba una terrible y profunda crisis de todos los valores morales en un pueblo que se decía ser el interlocutor y testigo sobre la tierra del único Dios verdadero. A pesar de esa gran responsabilidad histórica, la revelación divina que Israel había recibido, así como el llamado de Dios a su pueblo escogido, todo eso había degenerado en una perversa y cerrada estructura religiosa que se había olvidado de Dios de tal manera que la persona, el mensaje y el testimonio del Señor

Jesús fue rechazado en grado absoluto por ese sistema religioso político de su nación y sus ciegos dirigentes. Por tanto, en el marco del enfrentamiento con los administradores de la viña, el Señor usó parábolas como la del vino nuevo en los odres y la del remiendo nuevo en vestido viejo, las cuales tienen el mismo significado; y que pudiéramos considerar que cualquier judío de su época, medianamente versado en las Escrituras, estaría en la capacidad de comprender.

Como se sabe, los odres eran vasijas elaboradas con un cuero entero de cabra, o de oveja, u otro animal, que se usaban para contener líquidos, como agua, miel, aceite, vino, leche y otras sustancias. Eran fabricados con piel curtida, cosida y pegada de estos animales, e impermeabilizados con jarabe de dátiles. Se requería un proceso más completo de curtido de las pieles por parte de los expertos curtidores, y por los destinados a fabricar los odres utilizados para aceite y vino. Generalmente, el cuero se curtía con corteza de acacia; luego se secaba al humo. Para esos menesteres, era el recipiente más generalizado en la antigüedad. Tiene sentido conocer que, conforme el testimonio de los entendidos, un odre, si no se frota con aceite de oliva frecuentemente, se va secando, y el envejecimiento no se hace esperar.

Pero, ¿por qué usa el Señor estas figuras del vino nuevo, y odres viejos y nuevos? El Señor usó el método de enseñar profundidades espirituales por medio de parábolas; es decir, a menudo usó el método de la comparación de las circunstancias

humanas o de la naturaleza para transmitir una lección espiritual. En la tipología, el aceite es la presencia y la unción del Espíritu Santo, operando para que la obra de Cristo sea realizada en el hombre nuevo, que es la iglesia de Cristo. Entonces, los odres viejos son comparables a esos sistemas religiosos anquilosados con el tradicionalismo y el sincretismo, con los ritos y creencias ancestrales carentes de vida y presencia divina, con las herencias ritualistas vacías de contenido espiritual.

Al ser rechazado Cristo por su pueblo, el pueblo del pacto, ellos no recibieron la unción del Espíritu Santo, y no lo reconocieron como el Mesías; sus ojos estaban vendados, como lo declara el apóstol Juan en su evangelio. *«A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron*» (Jn. 1:11). De manera que ese odre envejecido, todo el andamiaje del sistema religioso judío, no pudo ser depositario del vino nuevo que trajo Jesús, en especial esa élite sacerdotal que se opuso al Señor, sobre todo de las facciones de los fariseos y saduceos, convertidos como estaban en odres viejos, resecos y malolientes.

Era tan espesa la ceguera espiritual de los judíos, que aun se atrevieron a cuestionar el nacimiento sobrenatural del Señor Jesús (cfr. Mt. 13:55); llegando incluso a dar a entender que era hijo ilegítimo (cfr. Jn. 8:41).

Contemplando ese cuadro, vemos que los judíos rechazaron al Dios de la gloria encarnado en Jesús; pero Él vino a hacer la obra que el Padre le había

encomendado; y eso no lo pudo evitar nadie. Sí, estaba escrito que Jesús sería rechazado por los hombres, quienes lo llevaron a la muerte. Murió por todos los hombres, pero, al final, de esa humanidad sólo sus elegidos desde antes de la fundación del mundo creerán en Él y en su obra expiatoria. Con esos elegidos sacados de todas las etnias de la tierra, Cristo está edificando su casa. Él ahora no tuvo que sacrificar a una cabra para hacer el odre nuevo con su piel; ahora Cristo mismo se dio en sacrificio, y dio su vida por nosotros para crear un odre nuevo, un odre vivo, un odre no configurado con las motivaciones religiosas del mundo, sino con la vida misma del Señor dentro de nosotros. Él es el vino nuevo que está llenando su odre vivo y nuevo.

Capítulo 1

CRISTO, EL VINO NUEVO
LA IGLESIA, EL NUEVO ODRE

EL ESCENARIO ADECUADO

Al considerar el momento coyuntural que estamos viviendo en la Iglesia, el Señor nos ha concedido desarrollar en el presente opúsculo un tema que nada tiene de trillado; al contrario, pues estamos ad portas de la manifestación de la mayor apostasía, sin precedentes en toda la historia; y es necesario conocer la verdad que ha revelado el Señor, y conocerla en su integralidad y complejidad.

Este asunto lo registran los tres evangelios sinópticos, así: Mateo 9:9-17; Marcos 2:13-22, y Lucas 5:27-39. Como siempre suele acontecer en estos pasajes paralelos, cada evangelista nos trae determinados aspectos textuales particulares y enriquecedores.

Al abordar este tema, vemos que la Palabra aparentemente quiere resaltar el llamado de Leví (Mateo), y una inquietud en torno del ayuno; pero es obvio que eso es sólo el escenario, una ilustración práctica de que se vale el Señor para revelar algo más transcendental, un asunto serio

que se enraíza en las profundidades mismas de la historia de la Iglesia, y aun en los vericuetos del judaísmo ya estructurado en esa época. Por esa causa, en este corto trabajo apenas nos ocuparemos de trazar un bosquejo introductorio sin mayores pretensiones didácticas; es decir, un tímido acercamiento, un asomarnos a un inmenso horizonte religioso que se ha venido extendiendo y ramificando a lo largo de la historia. hasta la venida del Señor.

En Mateo 9:9, el escenario se sitúa en el marco del llamado del Señor a Mateo, quien venía fungiendo en Capernaum como recaudador de impuestos para las arcas del imperio romano; gremio que gozaba de pésima reputación entre los judíos. Pero el contexto nos aclara la motivación del Señor al hablar de lo que concierne al vino nuevo y al odre nuevo, frente al vino viejo en el odre viejo. La cita en Mateo dice:

"*[9]Pasando Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y se levantó y le siguió. [10]Y aconteció que estando él sentado a la mesa en la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores, que habían venido, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos. [11]Cuando vieron esto los fariseos, dijeron a los discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores? [12]Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. [13]Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque*

no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento. [14]*Entonces vinieron a él los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan?* [15]*Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán!* (Mt. 9:9-15).

LOS QUE NECESITAN DE JESÚS

Cenaban en casa de Mateo, el publicano, cuando al Señor Jesús le critican que come con publicanos y pecadores; es decir, que tiene amistad con los odiados recaudadores de los impuestos públicos para el Imperio, y con aquellos a quienes los fariseos consideraban "pecadores.

Estas personas a quienes los religiosos tildaban de pecadores, en realidad no se trataba de criminales o malhechores notorios de la sociedad, para que fuesen víctimas de tal marginación y juicio; eran sencillamente gente común, cuyo resaltado pecado y a la vista de los religiosos consuetudinarios, consistía en que ellos no cumplían con las minuciosas prescripciones de la ley (y sus añadiduras), que aquellos guías del pueblo se ufanaban de que sí las cumplían rigurosamente. Y en realidad, eso de estar comiendo y no ayunando con la frecuencia y en los días que ellos consideraban prescritos, era incompatible con la religión que profesaban esos fariseos.

Estos llamados pecadores también eran culpados de participar de lo que los religiosos disponían en materia de contaminación, tales como determinados alimentos considerados impuros; y, además, les condenaban sus nexos con los gentiles, pues ellos consideraban a los gentiles como personas despreciadas por Dios; y a quienes también llamaban perros.

Entonces, ante tan obvio cuadro, se acusó a Jesús de ser amigo de los recaudadores de los tributos romanos y de los pecadores.

Con esa actitud, y tomando esa posición, los fariseos daban claras muestras de considerarse justos en su propia opinión; creyendo también que Dios los tenía como verdaderamente justos. En realidad, la actitud de los fariseos se muestra aquí en palabras demasiado desdeñosas.

La pregunta que ellos formulan en el versículo 11: «*¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?*», refleja que los fariseos, exaltándose en su propia justicia, desconocían la gracia de Dios.

De ahí se entiende la ácida crítica a Jesús por el hecho de ser amigo de aquellas personas que necesitaban de la salvación, y que no se escudaban en ningún parapeto religioso. Para los fariseos y saduceos, el asunto se reducía a no salirse del libreto de su laberíntica y amañada religión.

Se ve, pues, que los fariseos estaban seguros y convencidos de que lo sabían todo respecto de

Dios; y con esa insidiosa pregunta se puede entrever que ellos pretendían que Dios solamente trata al hombre con base en la justicia propia, y que el hombre puede justificarse por las obras, y no según la gracia; pues los fariseos y religiosos se consideraban fuertes, sanos, justos y cumplidores de la ley, y así pretendían que los mirara Dios, y los tratara en consecuencia.

Por eso el Señor irónicamente les dice que los sanos no necesitan de médico, y que en realidad Él había venido a llamar, no a justos sino a pecadores al arrepentimiento. ¿Por qué les dice eso? ¿Acaso el Señor no sabía que todos somos pecadores? Claro que sí; pero ellos, los fariseos, se consideraban justos, dado que a sí mismos se juzgaban cumplidores de legalismos, de ritualismos, de liturgias, de ceremonias y de tradiciones que ellos mismos habían agregado a la Palabra de Dios en el curso de los siglos, y de todos esos intríngulis, cuestiones y minucias propias de su enrevesada religión.

Es importante tener en cuenta que el Señor Jesús no vino en calidad de juez; no era el momento de instalar su tribunal; primero era necesario que se predicase la gracia y las buenas nuevas de salvación.

Por esa razón, el Señor Jesucristo vino como médico, como Salvador, a sanar y a salvar a los enfermos, a los pecadores, a liberar a los cautivos de sus propias iniquidades, a aquellos que sí se considerasen a sí mismos como pecadores, como necesitados de justificación. Porque la Palabra

declara que en la tierra no hay justo ni aun uno, como lo anuncia Pablo: «*Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; [11]No hay quien entienda. No hay quien busque a Dios*» (Ro. 3:10,11).

ENTRE LA RELIGIÓN Y CRISTO

Nosotros nos hemos alejado mucho de usar la palabra religión, y a veces declaramos que no tenemos religión, y esto se debe a que hemos entendido que la palabra religión mayormente se aplica a querer servir a Dios pero sin sujetarnos a Cristo. Podríamos considerar que eso es religión en términos generales. Pretender servir a Dios sin Cristo. Uso el verbo pretender, porque a Dios no se le puede servir fuera de Cristo. Dios no recibe ningún servicio ni adoración, Dios no recibe nada que no sea a través de su Hijo. Y Él tampoco da nada, no proporciona nada por canales diferentes, pues su gracia y sus dones sólo salen de Él a través de su Hijo. Recordemos que Jacob, mientras emprendía la huida hacia las tierras de Padam Aram, no vio sino una sola escalera en Bet-tel (cfr. Gn. 28:12,13). No hay más que un solo camino para llegar a Dios; de manera que el camino de la justicia propia está descartado. Para Dios, toda justicia propia es considerada trapo de inmundicia.

Por eso Jesús es quien vino a revelar al Padre. El Verbo de Dios tomó carne para revelar la gloria de Dios, para revelar la gracia de Dios, para revelar Su poder, Su justicia, su existencia; el Verbo de Dios se encarnó para revelar la sabiduría de Dios, Su nombre y Su excelencia, los propósitos de Dios,

Su obra, la Persona del Padre. Por esa causa, podemos afirmar que quien conoce a Cristo, conoce a Dios.

EL AYUNO RELIGIOSO

Marcos 2 también lo expone con alguna sutil variación. En el versículo 18 aparece una pregunta formulada por dos corrientes religiosas; una antigua y otra nueva.

«*[18]Y los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunaban; y vinieron, y le dijeron: ¿Por qué los discípulos de Juan* (el Bautista) *y los de los fariseos ayunan, y tus discípulos no ayunan?*» Frente a aquel cuestionamiento, el Señor les dice: «*¿Acaso pueden los que están de bodas ayunar mientras está con ellos el esposo? Entre tanto que tienen consigo al esposo, no pueden ayunar*» (v. 19). Porque de acuerdo con estas palabras del Señor, la motivación del ayuno es como de tristeza. Si el esposo está presente, ¿qué tristeza puede tener la esposa? No hay razón para llenarse de tristeza si está presente el ser amado. Más bien hay motivo de mucha alegría. Podemos entender, entonces, que la práctica del ayuno entre los fariseos y los seguidores de Juan el Bautista era un asunto meramente religioso, de corte legalista; no era más que una apariencia de piedad en un afán de añadirle a la ley misma aditamentos con fundamentos de justicia propia.

Hay una ilustración del Señor al respecto, que encontramos en Lucas 18, con lo de aquel fariseo

que va al templo a pavonearse de que él no era pecador, proclamando que él cumplía con las prescripciones y con los rituales y todos los preceptos y exigencias de su religión judaica; y en su alocución dice, entre otras cosas: «*ayuno dos veces a la semana*»; como diciendo: «Estoy cumpliendo, Dios; eso es mi justicia; soy justo delante de ti». De manera que ese fariseo se enorgullece de que él sí lo hacía. Pero el caso es que Dios no les había ordenado que ayunasen dos veces a la semana. Respecto del ayuno, si tú vas al libro de Levítico, encuentras que solamente había en el año un solo día de ayuno ordenado por Dios, el día de la expiación (Lv. 16:29).

Cuando el Señor aparece en escena, los fariseos ni siquiera ayunaban dos veces al año, y ya con eso le habrían añadido un día de ayuno a la ley; ni siquiera una vez en el mes; es decir, doce veces al año, no; sino que ayunaban dos veces a la semana; tal vez para hacerse más justos delante de Dios. «Señor, ¿por qué tus discípulos no ayunan? ¿Por qué se la pasan comiendo? ¡Qué horror! ¡Qué horror!»

En verdad, sí; llegó el tiempo en la iglesia neotestamentaria en que los discípulos entraban en ayuno. Eso lo registra la Palabra (cfr. Hch. 13:2). Hay que tener en cuenta que cuando se sale de una religión, aunque los primeros cristianos no necesariamente eran del corte de dirigentes religiosos con aquellas cargas de legalismos piadosos, sin embargo, algo había de eso; entonces se podría detectar entre los primeros

cristianos que algunos podrían tener sus cargas de ayuno. Y de hecho dentro de las toldas de la iglesia se sentían ciertos coletazos de aquello que ellos habían vivido en el mundo religioso. Es más, en el primer concilio, el de Jerusalén (cfr. Hch. 15), se dio entre ellos esas disputas y serias controversias respecto de si debían guardar ciertos aspectos de la ley de Moisés, como aquello de circuncidarse, no comer ciertas carnes de animales considerados impuros, etc. ¿Por qué? Porque venían de ese trasfondo religioso, y esa era aun su mentalidad e inclinación natural.

LA IGLESIA SE SEPARA DE LA SINAGOGA

Pero, realmente, al llegar el día de Pentecostés y descender el Espíritu Santo sobre la iglesia que nacía, ese día ocurrió un hecho sin precedentes. El día que nació la Iglesia de Jesucristo se efectuó una clara división entre la sinagoga, la vieja sinagoga judía, y la Iglesia del Señor Jesucristo. Porque era necesario que se hiciera una diferenciación entre el vino nuevo y el viejo, entre el odre viejo y el nuevo. La sinagoga era la expresión visible del odre viejo, depositaria religiosa del viejo vino, el vino del viejo pacto (cfr. He. 8:13). En el contexto de Mateo 9, les dice el Señor a sus críticos religiosos:

«*Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; porque tal remiendo tira del vestido, y se hace peor la rotura.* [17]*Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero echan*

el vino nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan juntamente» (Mt. 9:16-17).

En estas palabras del Señor vemos revelado el vino viejo del legalismo y de todas sus añadiduras en el odre viejo de la estructura religiosa que ellos habían erigido. Lo hemos dicho, el vino nuevo es Cristo, y el Señor no vino a hacer parte y fortalecer viejas y caducas religiones estructuradas, así como tampoco el vino nuevo se puede confundir con una religión nueva. Las religiones, aunque sean nuevas, siempre son caducas. Ya podemos ir teniendo una clara idea de que el vino nuevo traído por el Señor no tenía cabida en el odre viejo de los religiosos. De manera que Él sabía que tenía la necesidad de preparar un odre nuevo para su vino nuevo; y vemos que los dueños del odre viejo rechazaron de plano la gracia de quien traía del cielo el vino nuevo. Ni siquiera lo pudieron entender. A Cristo se le conoce cuando a uno le es revelado.

Después que Nabucodonosor, el rey babilónico, destruyera el reino de Judá, arrasara con el templo de Jerusalén, propiciara una verdadera carnicería entre los judíos, y por último se llevara cautivos a lo mejor de la sociedad, una vez en el cautiverio, los judíos piadosos procuraron reunirse en lugares acordados a fin de estudiar la ley y rendir alguna especie de culto a Dios. A esos lugares de reunión les dieron el nombre de sinagogas.

Sin embargo, la sinagoga vive en la ley; la iglesia vive en la gracia; la sinagoga se identifica con el odre viejo; la iglesia, con el nuevo. Si el Señor hubiese venido a actuar en calidad de Juez,

ninguno de aquellos "justos" religiosos hubiera calificado para el reino. Los fariseos ayunaban dos veces a la semana, pero ese sacrificio no tenía la validez suficiente para justificarlos; y en Mateo 9:13 dice el Señor: "*Misericordia quiero y no sacrificio*"; y la misericordia se manifiesta en la gracia que el hombre recibe de Dios. Sin la gracia, la manifestación del juicio de Dios, es consumidor.

LAS IGLESIAS LOCALES Y EL VINO NUEVO

Entonces todos aquellos que realmente recibiesen ese vino iban a ser reconstituidos como el verdadero odre nuevo que el Señor necesitaba, e iban a ser los nuevos ciudadanos celestiales, con los cuales Él pudiera establecer Su reino celestial en esta tierra ahora corrupta.

La palabra griega que se traduce *nuevo* (para el vino), significa nuevo con respecto al tiempo, es decir, reciente, recién adquirido. Aquí el vino nuevo representa a Cristo como la vida nueva. Cristo es la vida que nos llena de vigor; es la vida que nos entusiasma a que la disfrutemos; es la vida que nos llena de juventud.

Los odres viejos representan las prácticas religiosas saturadas de hipocresía y apariencias; y una de esas prácticas religiosas era el ayuno que guardaban los fariseos, y que hoy suelen hacer hincapié los religiosos consuetudinarios. Se puede afirmar sin lugar a dudas, que todas las religiones son odres viejos; de manera que el vino nuevo echado en odres viejos revienta los odres con el

poder de la fermentación; y eso sería lo mismo que poner a Cristo en cualquier clase de religión, y enquistarlo allí.

Los odres nuevos, pues, son nuevos en cuanto a naturaleza, no a religión; son nuevos en cuanto a cualidad o forma; son nuevos porque no han sido estrenados; son frescos. Los odres nuevos representan la vida de la iglesia en las iglesias locales neotestamentarias; los hijos de Dios regenerados y fundamentados en la Palabra de Dios, y teniendo al Señor Jesús como cabeza. Esas comunidades sirven de recipiente del vino nuevo, que es Cristo mismo. Otra connotación, no encaja en la vida de la iglesia del Señor. Estas iglesias están compuestas por todos los regenerados, que son los que constituyen el Cuerpo de Cristo.

La Palabra de Dios insiste en que nos despojemos del hombre viejo y nos vistamos del hombre nuevo. El hombre adámico se opone a lo de Dios. Lo añejo es lo viejo, la religión. Los que gustan de su religión, desechan al vino nuevo.

Es verdad que en lo material el vino añejo es el mejor, pero no así en Cristo. En la esfera espiritual lo viejo es lo adámico, lo viciado, lo del hombre terrenal, lo de la vieja naturaleza, lo que le interesa al yo; pero lo nuevo es lo de Cristo, el hombre celestial. El Cristo individual es el vino nuevo, la vida interior del creyente; y el Cristo corporativo es el odre nuevo (1 Co. 12:12; Ef. 3:18,19). El odre nuevo es el recipiente que contiene el vino nuevo.

Cristo no vino a establecer una religión llena de rituales y estructuras clericales, sino a establecer

un reino celestial, de vida, donde Él es la cabeza. En Cristo todo es nuevo, y ese reino jamás envejece, y mucho menos el Señor. El Señor no quiere levantar una iglesia llena de arrugas (símbolo de la vejez), sino una iglesia gloriosa, lozana, joven, llena de la vida de Dios y del poder del Espíritu Santo.

Cristo no está estableciendo un reino a base de prácticas religiosas (por ejemplo, ayunos reglamentarios, rigurosas exigencias sacramentales, ritos externos), muertas en sí mismas, sino un reino cuya esfera son las alturas; es Él mismo introducido en el corazón de los hombres. ¿Qué significa eso? El Señor viviente en su templo vivo.

CONVERSIÓN DEL AGUA EN VINO

El capítulo 2 del evangelio de Juan narra lo de unas bodas en Caná de Galilea a la cual fue invitada la madre del Señor Jesús; también fueron invitados el Señor Jesús y sus amigos, los discípulos más cercanos. Tal vez el Señor y su madre eran parientes de los desposados. Dice que al avanzar las horas, en el festejó faltó el vino. Ante aquella eventualidad, la madre del Señor le llevó a Él la inquietud, a fin de que Él hiciera algo al respecto. Y no es ninguna coincidencia de que allí ocurriera el primer milagro del Señor; el principio de señales, como dice aquí la Palabra. Y se trataba de la primera señal dirigida a sus discípulos. No hacía mucho que el Señor se había bautizado en el Jordán.

Dice el evangelio que estaban allí seis tinajas de piedra para agua. Tiene mucho significado que su número fuese el 6 (número de hombre), y que fuesen tinajas de piedra; ya no eran de barro. «*Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual»* (1 Pe. 2:5). He ahí el odre, la casa espiritual de Dios. Dejemos que la Palabra lo declare:

"[6]*Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros.* [7]*Jesús les dijo: Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba.* [8]*Entonces les dijo: Sacad ahora, y llevadlo al maestresala. Y se lo llevaron.* [9]*Cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo,* [10]*y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora*" (Juan 2:6-10).

Hermanos, el buen vino llegó cuando hubo la sazón, y no otro; el buen vino llegó en el tiempo y la sazón de Dios; hasta entonces hizo su aparición el buen vino. En esas bodas, Jesús mostró que cuando se agotó el vino viejo, apareció del cielo el vino nuevo. Tengamos muy en cuenta que el Señor Jesús en particular es el vino nuevo y bueno. No se nos debe olvidar.

La gente suele estar muy dada a preguntarnos: «¿Y tú a qué religión perteneces?» Bueno ahí tenemos las bodas de Caná, donde se nos revela

que somos vasijas de piedra para contener al vino nuevo. Ninguna religión puede contener al Señor, pues el Señor hace que las religiones se revienten, se desplomen ante el poderoso mensaje del Dios vivo. Todas las religiones están destinadas a desaparecer. No esperes que alguna religión sobreviva.

EL ODRE NUEVO EN EL REINO

Pero dentro de las religiones cristianas puede haber personas que sean convertidas en odres nuevos en la vida de la Iglesia. No todos los fariseos y dirigentes religiosos, de esos que pertenecían al Sanedrín, incluso muy cercanos al sumo sacerdote, no todos seguramente eran tan aferrados a su religión y practicantes a ultranza de sus tradiciones. En el capítulo 3 del evangelio de Juan tenemos el caso de uno de ellos, pero que también estaba recibiendo un poquito de luz del cielo. Nicodemo estaba inquieto, y esa inquietud provenía de Dios. Nicodemo era maestro en los círculos de su religión, pero seguramente estaba empezando a ver que en su religión algo faltaba. Había un eslabón perdido; y eso lo tenía inquieto. Y dice el contexto que Nicodemo fue una noche a visitar al Señor, y al llegar le dijo: «*Rabí, sabemos* (es muy significativo que use el verbo en plural, ***sabemos***; puede que en el Sanedrín varios tuviesen esa misma opinión) *que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él*» (Jn. 3:2).

Vemos que Nicodemo ya tenía un poco de luz. ¿Y qué le dice el Señor? El Señor fue al grano inmediatamente, y le dice: «*De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios*» (v. 3). Eso significa que para ver el reino de Dios tiene que ser odre nuevo; no un odre que siga siendo parte de una religión estructurada, donde una persona es afiliada mediante un rito; sino un odre de hechura nueva, una nueva creación, con nacimiento espiritual; como se lo manifiesta luego. «*De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios*» (v. 5).

De manera, pues, que existe una clara diferencia entre la religión vieja, antigua, y el reino. Jesús vino a traer y revelar el reino. Ese es el mensaje central. «*El reino de los cielos se ha acercado*» (Mt. 10:7). Todavía el rey no había pasado por la cruz, no había entregado su vida, no había sido sepultado, no había resucitado, no había sido glorificado, aún no había enviado su Espíritu a fin de que aplicase su obra de salvación en los que creyesen en Él. No obstante, el reino de los cielos se había acercado. Pero cuando todo eso fue ejecutado, empieza el reino a hacerse sentir en la tierra a través de aquellos que habían creído, y a través de todos los que hemos creído en el curso del tiempo.

NI EN ESTA RELIGIÓN NI EN AQUELLA

El encuentro mismo del Señor con la mujer samaritana (cfr. Juan 4) es una ilustración de una clara revelación sobre esto. Ella era una mujer

religiosa, a pesar de que vivía una vida furtiva de constantes adulterios; sin embargo, tenía sus inquietudes religiosas, y hasta sus esperanzas. Y en el encuentro que tiene con el Señor Jesús en el pozo de Jacob, cerca de Siquem, al ver que el Señor le descubre su vida íntima, llega un momento en que le pregunta la samaritana que le aclarara si había que adorar a Dios mediante la religión ancestral de los samaritanos, o necesariamente debían ir al templo de Jerusalén y cumplir con el ritual del judaísmo. En la Palabra ella dice textualmente:

«*Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar*» (Jn. 4:20); es decir, ¿es aquí en el monte Gerizim o allá en Jerusalén en el monte del templo? Todo eso hacía parte de aquel odre viejo; en el odre viejo nadie encuentra claridad sobre Dios y la salvación. A lo cual el Señor le contesta, aclarándole: *«Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre*» (v. 21); es decir, a Dios no se le puede adorar ni por medio de tu religión samaritana ni a través de la religión de los judíos. ¿Por qué? Porque Dios es Espíritu. Y lo explica a continuación:

«*Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.* [24]*Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren*» (vv. 23,24).

No obstante, hay que aclarar algo. Solamente se llega a adorar a Dios en espíritu y en verdad cuando la vida de Cristo se hace una realidad en una persona que haya creído; es decir, cuando el vino nuevo viene a llenar el verdadero odre nuevo; no por medio de la religión, no en el odre viejo. En ese odre viejo rechazaron al vino nuevo. El odre viejo siempre tiende a tergiversar las verdades reveladas. En este momento existen estructuras religiosas pseudo cristianas, que se han convertido en odres viejos.

Recuerdo que el primer libro que tuve la oportunidad de leer cuando empecé a conocer el proceso de la restauración de la iglesia, fue "*La Iglesia Normal*" de Watchman Nee, donde el autor trata precisamente del odre; y en el prólogo se explica que él no quería que este libro se tradujera al inglés y se publicara en Occidente, a pesar de que un número considerable de misioneros occidentales pedía una edición en inglés.

¿Por qué su renuencia a complacerlos? Sencillamente porque él sospechaba que fuese mal interpretado y usado y aplicado erradamente dentro de un caduco sistema religioso que no tuviese el espíritu de la palabra dada a él para que enseñara acerca de lo que es la iglesia normal bíblica. ¿Qué significa eso? Que Nee temía que el mensaje de su libro fuese mal interpretado y diluido en las apariencias del cristianismo apóstata.

En la historia, la iglesia también llegó a mezclarse con el odre viejo, y hubo un matrimonio cerrado e íntimo, una amalgama de la Iglesia de

Cristo con el Estado idolátrico, de tal manera que, de tal unión, surgió una cristiandad sincretista oficializada llegando a ser el odre viejo del cristianismo. Su manifestación más paradigmática fue el papado romano, el cual se olvidó de la obra redentora de Cristo en la cruz y de la Palabra de Dios, llegando incluso a la corrupción de negociar con la salvación de los hombres y a cambiar al Señor Jesús por la reina del cielo, una deidad babilónica. Por eso, el Señor decidió empezar la restauración de aquel odre nuevo y bíblico.

EL VINO NUEVO EN EL ODRE NUEVO

Por eso es que el odre nuevo no puede confundirse con estructuras religiosas, pues el odre nuevo es el cuerpo de Cristo. Él individualmente es el vino nuevo, pero su cuerpo es el odre.

«*Porque, así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo*» (1 Co. 12:12).

Noten que no dice: así también la iglesia, sino "*así también Cristo*", porque nosotros somos el cuerpo de Cristo; porque la iglesia, siendo su cuerpo, también es morada del Señor, y es el odre que lo contiene.

En la historia, la iglesia llegó a ser parte de aquel viejo odre del judaísmo mezclado con las idolatrías babilónicas, y volvió a los legalismos, y volvió a reunirse en los templos construidos por manos humanas, y volvió a haber división entre los

hermanos adoptando una casta clerical enfrentada a la masa laical. Y se consolidó dentro del cristianismo una clase dominante y otra dominada. Se erigió una élite de prelados, y esa élite se hizo poderosa, rica y aristocrática; esos mismos que se visten de purpura y de lino fino.

Pero lo peor es que el espíritu de esa élite clerical se filtró a través de los linderos de la Reforma de comienzos del siglo XVI, y la cristiandad reformada prosiguió con las prácticas y las doctrinas eclesiásticas corruptas por muchos siglos; y hoy nosotros lo podemos contemplar; y el Señor aborrece esa situación. Por esa razón el Señor no descansa en su obra hasta restaurar el verdadero odre en estos días, la verdadera vida de la iglesia, la verdadera vida del cuerpo de Cristo, la verdadera vida de Cristo en su iglesia; el Señor está obrando en la restauración de la comunión del cuerpo, la restauración del verdadero gobierno dentro de la práctica de un organismo vivo, que es la iglesia.

Y eso se puede ver con nuestros ojos y escucharse con nuestros oídos físicos, percibirse con nuestros sentidos dentro del marco de la iglesia local bíblica. Lo puedes constatar en las diferentes localidades como Cartagena de Indias, Palmira, Temuco, Guadalajara, y en cada localidad donde el Señor está edificando su candelero local. ¿Dónde puedo yo ver manifestado el odre nuevo, la vida del cuerpo de Cristo? Busca la iglesia local, la restauración de la iglesia neotestamentaria, y ora por un verdadero avivamiento, para que los hijos de

Dios nos arrepintamos y nos humillemos delante del Señor, y convivamos como hermanos.

EL CUERPO DE CRISTO

ES UN ORGANISMO VIVO

En los tiempos modernos ya estamos viviendo la restauración de la iglesia local, donde todos somos iguales, donde no hay casta clerical, donde todos somos sacerdotes, donde todos somos hermanos, donde todos somos de la familia de Dios, donde no hay privilegiados, donde todos somos siervos, donde todos tenemos algo que hacer y servir, no solamente un grupúsculo élite. Nosotros somos miembros de un cuerpo vivo donde todos tenemos nuestra propia participación en las bendiciones y en la gracia del Señor, como también en las responsabilidades; un cuerpo donde no hay esclavos ni libres, donde no hay judíos ni gentiles, ricos ni pobres; un cuerpo donde Cristo se manifiesta a todos por igual.

Hermano, es posible que en tu corazón todavía haya rezagos de las costumbres del cristianismo institucional, y hasta puedes pensar que sobre tus hombros no pesa ninguna responsabilidad dentro del cuerpo; pero ya es hora de que te vayas enterando; que vayas sabiendo que tú tienes una función que desarrollar y un servicio que prestar dentro de la vida del cuerpo de Cristo. Si los órganos del cuerpo de Cristo no tuvieran sus funciones, el cuerpo del Señor sería semejante a un fenómeno; pero el cuerpo de Cristo es un

organismo vivo donde todos, la mínima célula, tienen una función vital dentro del cuerpo del Señor, que es la iglesia. Por esa razón la Palabra por el Espíritu revela que ese es el odre nuevo para contener el vino nuevo.

De manera que el Señor es nuestra vida. Dice el Señor Jesús: «*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*» (Jn. 14:6). Nadie va al Padre porque simplemente ayune, ni porque conozca mucho de los idiomas hebreo y griego *koiné*; nadie va al Padre porque traiga cumplidamente los diezmos de todas sus ganancias, ni porque obre en tal o cual dirección, o porque cumpla leyes y legalismos y liturgias y preceptos y demás tradiciones externas de su religión.

Incluso, cuando nosotros participamos de algo bíblico como las ordenanzas del Señor de partir el pan y el bautismo, es necesario que no veamos simplemente el pan y el vino; que veamos la realidad espiritual que está detrás de esas especies. Es necesario que veamos la obra del Señor en la cruz; proclamemos, además, que Jesucristo pronto vendrá en gloria a esta tierra. En el bautismo, detrás del sumergirnos en las aguas hay una realidad espiritual que es posible que nuestra mente no sea capaz de captar con suficiente capacidad y luz. En aquel día lo comprenderemos en su plenitud.

En nuestra cotidianidad, aunque no estemos participando de la Cena del Señor, en lo espiritual nos estamos alimentando de la carne y de la

sangre del Señor, que ha hecho morada dentro de nosotros. Él mismo nos lo dice: «*El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero*» (Jn. 6:54). Eso quiere el Señor.

No importa que los religiosos nos miren mal. Nosotros estábamos gravemente enfermos, y vino el Señor a sanarnos; éramos esclavos, y vino el Señor a rescatarnos, pagando un alto precio para hacernos libres de las cadenas; vivíamos en la oscuridad, y vino el Señor a iluminar nuestras vidas con su luz; vivíamos en la mentira, y vino el Señor a revelarnos su verdad; en nuestra ceguera no sabíamos por dónde caminar, y vino el Señor a declararnos que Él es el único y legítimo camino. «Ven, camina conmigo». Él vino a aliviarnos de todas las cargas religiosas y supersticiosas. Cristo vino a cambiar el panorama de nuestra existencia, a trastocar los perversos planes de nuestro corazón.

PRÁCTICAS RELIGIOSAS
CON OLOR A JUDAÍSMO

Sí, aún hoy existe el judaísmo, pero para nosotros ese judaísmo como que nos pareciera muy lejano; pero el caso es que muy cerca de nosotros vemos prácticas del judaísmo dentro del cristianismo; dentro de esas facciones de la cristiandad hay veladas prácticas de judaísmo; y aun dentro de nosotros sentimos ciertos coletazos y nostalgias de esas costumbres. Yo mismo, siendo

ya cristiano seguía festejando la navidad decembrina, cantando villancicos y armando los pesebres y adornando los árboles de navidad. Pero seguido el tiempo, el Señor en su misericordia me fue revelando que no debo guardar los días de fiestas, y mucho menos cuando ya sé que el Señor no nació en la fecha en que el mundo lo festeja; ni el Señor está interesado en que le festejemos su cumpleaños.

Pablo reprende a los gálatas diciéndoles que, después de haber comenzado bien, terminaban tratando de volver al cumplimiento de la ley, a esclavizarse en los rudimentos del odre viejo. Y les dice:

«*Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años.* [11]*Me temo de vosotros, que haya trabajado en vano con vosotros*» (Gá. 4:10,11).

Dice el apóstol Pablo en Colosenses 2:16-17: «*Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo,* [17]*todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo*».

Hermano, si tú quieres ayunar, hazlo; pero lo importante es se trate de algo que salga de lo más íntimo de tu corazón; que tu espíritu te guíe por el Espíritu; no un cumplimiento legalista, sino un verdadero acto de adoración al Señor que salga de lo profundo de tu ser; porque el Señor en nosotros hace lo contrario de las exigencias de la religión. El Señor trabaja y se mueve desde adentro, desde donde Él está morando en el creyente, y va

haciendo su obra santificadora comenzando por el espíritu hacia el alma, y del alma hacia el cuerpo.

En cambio, la religión, de por sí saturada de apariencias, siempre pretende comenzar por lo exterior, y armar una apariencia de piedad. Los religiosos tienden a vestir a las personas de religiosos, a la manera en que suelen vestir a las novicias; claro que esto es un ejemplo, pues el vestido religioso no tiene que ver con las vestimentas, sino con la postura fingida de una piedad aparente. En la religión se comienza por lo exterior; pero ese proceder carece de la virtud santificadora de un corazón corrompido por el pecado. Sólo la ley del Espíritu de Cristo que mora en el creyente, puede contrarrestar esa poderosa corrupción que esclaviza al hombre, y transformar a la persona.

Por esa razón, nosotros ahora no tenemos cargas y obligaciones de tipo religioso. Por ejemplo, ya hemos sido aliviados del yugo de los días festivos. Tenemos el caso del año nuevo; nosotros sabemos por la Palabra de Dios que el año nuevo no comienza el primer día de enero. El Señor lo dice, y el Señor es verdadero. El Señor no revela nada por jugar con nosotros.

El año nuevo comienza al iniciarse la primavera en el hemisferio norte. Dando, incluso, por hecho de que el año nuevo comienza el primer día de la primavera, digamos el 22 de marzo, aun así nosotros no tenemos ningún compromiso de festejarlo. Entonces, todas esas fiestas, navidad, semana santa, año nuevo y demás, son para

nosotros sombras de lo verdadero, y lo verdadero llegó con la encarnación del Verbo divino, su ministerio terrenal, su obra en la cruz, su muerte, resurrección y poderosa glorificación.

Hermano, nuestro año nuevo es Cristo; nuestro reposo es Cristo; nuestro nuevo nacimiento es Cristo; Él es nuestra luna nueva; Él es nuestro sol, Él es nuestra vida. Con Él caminamos. ¿Cuántos años nuevos nos hacen falta? Los que el Señor nos quiera agregar en nuestro peregrinar en esta tierra. Contentémonos con Él; alegrémonos con Él, y embriaguémonos de su Espíritu que mora en nosotros. El Espíritu de Cristo mora en nosotros. Cristo es el verdadero y mejor vino. Él es el vino nuevo que ha venido a llenar el odre nuevo que Él mismo está formando.

TRANSFORMACIONES ÍNTIMAS

Cuando nosotros nos aplicamos a leer con mucha atención la Palabra de Dios, su Palabra revelada; si la leyéramos en oración, con cariño, y nos detuviéramos a meditar en cada frase, rogándole que su Santo Espíritu nos ilumine su íntimo contenido, cuántas cosas en nuestra vida cambiarían. Experimentaríamos cada día en nuestras vidas una verdadera revolución espiritual, y nos iríamos despojando de todo vestigio religioso, de toda herencia supersticiosa y religiosa ancestral que a lo mejor nos pueda picar el bichito de la nostalgia en nuestro corazón. Muchos esquemas religiosos son atrayentes y engañosos.

NUESTRAS REUNIONES COMO IGLESIA

Pero las cosas de Dios no son artificiales, sino del Espíritu; como el Espíritu nos vaya guiando. Sin embargo, si nos descuidamos, podemos caer fácilmente en la rutina religiosa en nuestras reuniones. Nuestras reuniones como iglesia necesitan la dinámica del Espíritu. Es necesario que estemos continuamente orando por nuestras reuniones, en especial por la reunión dominical. Desde el principio, en el primer siglo, la iglesia se viene reuniendo cada primer día de la semana; pero hay que estar orando por esta reunión para que la reunión dominical no se nos estereotipe, no se nos convierta en una misa, en una rutina vacía. Es necesario que en cada una de nuestras reuniones como iglesia se experimente la vida y comunión del cuerpo de Cristo, que cada uno de los hermanos tenga su participación activa y espiritual, que cada uno lleve algo para alimentar, como lo dice el apóstol Pablo en 1 Corintios 14:26:

«¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación».

En la iglesia todos tenemos algo que dar por el Espíritu; todos tenemos algo que aportar en esta obra de la edificación de la casa de Dios. No solamente ir a las reuniones dispuestos sólo a recibir, a ver cómo me gozo. Ni mucho menos ir con la idea de sentarnos a cumplir con un compromiso de tipo religioso, un tiempo ritual; o ir

pensando que siempre ocurre lo mismo; que vamos a ver el cumplimiento de un mismo libreto escénico.

Dejemos, pues, que el Espíritu se mueva entre nosotros como Él quiera y haga como Él lo prefiera entre nosotros, y con cada uno de nosotros en nuestra intimidad. Estemos siempre en la tónica de presentarnos delante del Señor, diciéndole: Señor, este cuerpo es tuyo; este es tu odre nuevo que tú has venido a llenar de tu vino nuevo; has de nosotros como tú quieras; revoluciona nuestras vidas. Y pedirle al Señor que active en nosotros una gran hambre de Él, de que nos libere de lo rutinario. Yo particularmente pienso que ya hay entre nosotros esa hambre de que el Señor nos lleve a hacer cada día algo inesperado para nosotros; porque Dios es grande, Dios es inmenso, infinitamente sabio; y Él sabe perfectamente qué es lo que quiere de nosotros.

Olvidemos, pues, todo esquema, y dejémonos llevar por el Señor. Presentar al Señor la reunión dominical. «Señor, ¿qué tienes para nosotros cuando nos reunimos contigo como iglesia? ¿Qué va a suceder allí? ¿Qué me das a mí para llevar como alimento para mis hermanos?» Vengamos con esa expectativa. Pero hay que estar orando y poniéndonos a su disposición; colocando en las manos del Señor nuestro corazón; rogándole que nos ayude a despojarnos de todo temor ante cualquier cambio. Es que nosotros a veces nos volvemos muy conservadores, y nos aterra salir de la rutina; y queremos cantar las canciones que nos gusta, sin ponernos a pensar que es posible que no

le agrade al Señor para ese momento lo que se nos está ocurriendo.

EL GOZO DEL SEÑOR ES NUESTRO GOZO

Lo importante es que el Señor se agrade, y se mueva entre nosotros sin dificultad, sin oposición; y en la medida en que se agrade el Señor, nosotros también nos agradamos. Entonces Él llena nuestras vidas, llena nuestra mente, nuestro corazón y todas las fibras de nuestro ser de su gozo; y se manifiesta Él dentro de nosotros con un gozo indescriptible. ¿Qué está sucediendo aquí? Que el Señor está gozoso, está agradado en medio de su pueblo; que no le estamos poniendo ninguna cortapisa al Señor. Porque somos su casa, su casa viva; y Él quiere hacer de su casa conforme su voluntad. Él quiere limpiar su casa, santificarla y moverse libremente en ella. El Señor no quiere que su mover sea estorbado por nuestras costumbres religiosas; al contrario, nosotros debemos decirle continuamente al Señor que se mueva libremente por su casa, que la ocupe toda, que quite toda suciedad de nuestras vidas; que haga de todo nuestro ser una propiedad privada de Él; que borre de nosotros todo lo que nos esté amarrando a un pasado. Y cuando eso ocurre, como que hay cosas de nuestra vida pasada que ya ni siquiera nos quisiéramos acordar.

Es necesario que estemos deseando continuamente que Dios viva su vida santa y libre en nosotros. Pensemos que hay mucho que hacer. El Señor tiene muchas cosas que hacer en

nosotros y con nosotros todavía en el tiempo que nos resta en esta vida terrenal. Eso es una realidad, gracias al Señor.

Por ejemplo, en algunas partes del mundo, los hermanos de las iglesias locales tienen la expectativa de efectuar algunos encuentros, que aveces les llaman campamentos, conferencias, otros le llaman retiros; pero, ¿cuál es el objetivo de asistir a esos campamentos? Se supone que a reunirse el pueblo de Dios con el Señor. Eso debe ser una delicia; no necesariamente para que nuestra carne se goce en cuanto carne, sino para que se goce el Señor; para que en realidad tengamos allí un encuentro de gozo, un encuentro delicioso con el Señor; un encuentro donde nosotros vivamos un verdadero ágape; un encuentro donde experimentemos que vivimos con el Señor en los lugares celestiales, como dice el Señor en la Palabra; que sea una experiencia viva; una experiencia de vida eterna.

No busquemos otra cosa. Si el Señor no se goza con nosotros, nuestro gozo no es verdadero; sería pura artificialidad. Como dice el Salmo, cuando el Señor se goza, eso nos fortalece a nosotros. Busquemos que Él libremente haga de nosotros lo que Él quiera hacer por su buena voluntad.

Capítulo 2

EDIFICANDO EL ODRE

DESCORRIENDO EL VELO DEL MISTERIO

Continuamos en este capítulo desglosando el tema del vino nuevo en el odre nuevo, enfocándonos en la edificación del odre de Dios. Nos acercamos al texto de la carta del apóstol Pablo a los Colosenses, donde el apóstol revela el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades.

«*Ahora me gozo* (dice Pablo) *en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia;* [25]*de la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios,* [26]*el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos,* [27]*a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria,* [28]*a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre*» (Col. 1:24-28).

Vemos en el contexto bíblico una de las cosas relevantes del mover de un ministerio maduro y responsable, presentar en Cristo Jesús a todo hombre; que todo hombre de Dios sea visto como la imagen de Cristo. Eso significa que el modelo es el Señor, que el que hace la obra de perfección en nosotros es el Señor; y en la medida en que cada hombre, y cada mujer, de la iglesia esté alcanzando esa perfección en Cristo, en esa misma medida se manifiesta el testimonio de Dios en la iglesia local. La iglesia local es la expresión visible del odre de Dios.

Ahí tenemos la reconocida cita de Romanos 28:29: "*Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos*". Dios quiere presentar a toda persona, a todo lavado por la sangre del Señor, a todo creyente en Cristo, a todo miembro del cuerpo de Cristo y de la iglesia, a todo participante de su odre nuevo, Dios quiere presentarlo perfecto en Cristo Jesús. Claro que cuando la Palabra dice hombre, allí está incluyendo a toda mujer también, pues allí hombre es un sustantivo genérico.

Para seguir desglosando lo de la edificación del odre de Dios en el curso de la historia, detengámonos en la expresión del apóstol Pablo a los Colosenses: "[24]*Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros*". Eso nos hace recordar lo que Pablo le dice a los Gálatas: "*Hijitos míos, por*

quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros" (Gá. 4:19).

Desde sus inicios, a partir del sacrificio de Cristo en la cruz, y el accionar del Espíritu Santo en los hijos de Dios, Dios ha estado trabajando en la conformación de su odre nuevo, donde ha venido depositando su vino nuevo; y así ocurrió durante los primeros tres siglos de la era de la gracia, a pesar de la sangrienta oposición. Eso significa que el padecimiento de los santos era una constante en la vida de la iglesia.

Pero a partir del emperador Constantino el Grande, a comienzos del siglo IV, la iglesia visible empezó a experimentar un bajón espiritual sin precedentes y de tal magnitud, que el nuevo odre se fue contaminando de una sutil plaga babilónica; y me atrevo a considerar que le fue sobreviniendo un inusitado envejecimiento, se le fueron apareciendo arrugas, y no tardó en percibirse el olor a cosa podrida y apestosa.

¿Cuál fue la causa? La Palabra de Dios revela que en ese tiempo, la iglesia de Cristo descendió de su esfera celestial, a morar en el escenario terrenal; hasta llegar a vivir un sincretismo de tal magnitud, que era difícil diferenciar lo que era de Cristo y de lo que era babilónico.

Pasados los siglos de historia eclesiástica, en pleno apogeo de la Iglesia Católica Romana, convertida a la sazón en un odre viejo, esa monstruosa estructura religiosa, se dio el lujo de vender la salvación en la forma de indulgencias y otras perversas especies. ¿Cuál fue el origen y el

fundamento para que la sociedad europea se tragara semejante elefante? Veamos.

En Aviñón, Francia, sede temporal del papado, el 2 de mayo de 1342, se reunieron en cónclave unos veinte cardenales a fin de elegir un nuevo papa; pero la intención coyuntural de los purpurados era dividirse entre ellos los jugosos tesoros eclesiásticos. Para lograrlo decidieron elegir al más corrupto de todos, a Pierre Roger, el famoso cardenal de Nerea, quien, para fungir en su nueva posición, adoptó el nombre de Clemente IV.

El caso es que este sujeto fue elegido papa con el compromiso de repartir con sus colegas todo el tesoro de la cancillería. Claro, al ver vacías las arcas papales, Clemente IV pergeñó un montón de triquiñuelas y medios perversos para recaudar grandes fortunas, entre ellos la ingeniosa idea de vender las indulgencias a fin de que las personas no tuvieran que ir a parar al infierno.

Para sustentar este engendro, y darle un carácter de apariencia bíblica, historiadores hay que sostienen que se basó en textos como Colosenses 1:24: «*Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia*». Claro, abusando de la ignorancia bíblica reinante en el mundo, y de su paradigmática posición, este papa, en 1343 promulgó la famosa bula «*Unigénitus*», documento que dice en uno de sus apartes:

«El Hijo de Dios, hermanos míos, al expirar sobre la cruz, nos dejó un tesoro de indulgencias,

que se haya aumentado por los infinitos méritos de la Santa Virgen, de los mártires y de los santos. Ahora bien, vosotros sabéis que la dispensación de estas riquezas pertenece a los sucesores de San Pedro».

El apóstol Pablo declara: «*en lo que padezco por vosotros*»; pero la voraz maquinaria eclesiástica ha pervertido este texto bíblico, así como otros similares, llevándolos a encarnar un supuesto «tesoro de méritos». Pero la Biblia no contiene ninguna sugerencia de que las obras y los sufrimientos de santos fuese de tanto valor y exceso, cuyo fabuloso sobrante sea aprovechado para la salvación de otras personas, aplicados mediante determinados ritos religiosos o por medio de la compra de algún documento que lo acredite, así traiga la firma del papa de turno.

Eso constituye un verdadero fraude; y convierte a la salvación en una especie de méritos humanos, una infame mercadería diametralmente opuesta al evangelio apostólico y la obra de Cristo en la cruz.

La venta de esas indulgencias a lo largo y ancho de Europa, fue la chispa que motivó a que personas con algún grado de conocimiento bíblico, como Martín Lutero, en Alemania, a comienzos del siglo XVI, les fueran abiertos los ojos para que se opusieran, pues ya tenían conocimiento de que el texto del Nuevo Testamento declara que la salvación es un regalo de Dios, y que el justo vivirá por la fe.

Pero llama la atención que un siglo antes, un tribunal eclesiástico reunido en Constanza,

Alemania, había condenado a Juan Hus, natural de Bohemia, como hereje a causa de su postura antipapal. Antes de ser llevado a la hoguera, a la pretensión de sus jueces de que adjurara, se doblegara y renunciara a su fe, replicó:

«¡Preferiría que me pusiese una rueda de molino al cuello, y que se me echase desde el cielo al mar, antes que faltar a la verdad! ¡Preparad vuestros instrumentos de tortura y vuestros caballetes; destrozad una por una todas las fibras de mi cuerpo; prefiero los más horribles suplicios a la vergüenza de ser llamado el defensor de los Papas o los reyes! Que vuestra infernal justicia continúe su curso; entregad a las llamas a Juan Hus; pero antes de un siglo brotará de sus cenizas un vengador que proclamará de nuevo las verdades que he enseñado, y por las cuales condenaríais al mismo Cristo si volviera sobre la tierra» (M. De la Chàtre, Historia de los Papas y de los Reyes, Tomo III, CLIE, pág. 47).

Los sufrimientos en torno a la vida de Cristo y su muerte vicaria en la cruz, tuvieron como propósito nuestra poderosa justificación y salvación eterna; pero a partir del día de Pentecostés, el sufrimiento de los siervos de Cristo y su propia cruz, tienen por objeto la edificación del cuerpo de Cristo, el odre nuevo; y eso es causa de gran sufrimiento para los hijos de Dios que se dispongan a realizar la obra de salir por el mundo a predicar el evangelio de salvación y del reino de Dios, como lo atestiguan las páginas de la historia.

Nosotros, en la medida en que vamos siendo perfeccionados, nos vamos enterando por revelación divina cuál es nuestro rol, nuestra función dentro de la vida del cuerpo. A medida en que vayamos recibiendo luz del cielo, se nos va descorriendo el velo del misterio, y nos vamos dando cuenta de verdades antes un poco veladas para nosotros. ¿Quién es realmente Cristo? ¿Cuál es nuestra posición en el cuerpo de Cristo? ¿A qué función he sido yo llamado a realizar en el trabajo de Dios en esta edificación? Claro que eso conlleva siempre una cuota de sufrimiento.

Porque hay que pensar que para entrar a vivir la vida de Dios y hacer su voluntad, eso incluye la negación de nosotros mismos y demanda tomar cada día nuestra propia cruz; esto es indispensable sobre todo cuando hay un trabajo en una posición tan comprometida dentro del campo de batalla, como en el caso de Pablo; porque allí el enemigo ataca con más furia. Por eso él dice bien claro: "*en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia*".

Esto no significa que la obra de Cristo en la cruz y en la resurrección haya sido incompleta, o que le haya faltado haber sufrido más, no; sino que, como ya lo hemos explicado en otras ocasiones, el sufrimiento del Señor que culminó en la cruz, fue para salvación, justificación y redención; en cambio el sufrimiento de nosotros ahora es para edificación del odre de Dios. Por eso es que el Señor nos pide que nos neguemos a nosotros mismos y tomemos

nuestra propia cruz, a fin de que se lleve a cabo la obra de edificación del odre, comenzando por nosotros mismos; y eso colectivamente nos lleva a la edificación del odre nuevo.

En el tiempo presente estamos trabajando (o debiéramos estarlo todos) de lleno con el Señor en la edificación de la iglesia, que es su cuerpo, que es el odre de Dios. Dios no trabaja solo, ni quiere trabajar solo, y no lo va a hacer. El Dios todopoderoso edifica con nosotros.

Sigue diciendo Pablo: "[25]*De la cual* (de la iglesia) *fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios*". Luego dice lo que encierra esa palabra que el apóstol fue enviado a anunciar, "[26]*el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades* (no había sido revelado ese misterio, pues estaba en la mente de Dios, en los propósitos del Señor, en la economía del Señor, lo que hoy estamos viviendo a partir de la encarnación del Verbo de Dios)*, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos* (la gente del mundo no entiende de esto; no lo puede entender)*, [27]a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*".

Algo similar revela el Señor en 1 Tesalonicenses 4:13: "*Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza*". Que no nos ocurra a nosotros "*como los otros que no tienen esperanza*".

A los que no tienen esperanza se les muere un pariente o un amigo muy especial, y lo lloran desconsoladamente diciéndole: Adiós para siempre; pero los que tenemos la esperanza de gloria, solamente decimos: Hasta pronto; más tarde nos volveremos a ver en un lugar diferente y glorioso.

CRECIMIENTO ESPIRITUAL

Dice Pablo a continuación: "[28]*a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría* (quisiera que retuviéramos esa palabra, *en toda sabiduría*; pero no se trata de la sabiduría del mundo, sino la de Dios; y no todos tenemos el poder y la capacidad de manejar la sabiduría de Dios; entonces, ¿esa sabiduría para qué?)*, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre*".

El hombre perfecto es Jesucristo; y en la esfera espiritual, todo hombre sólo es perfecto en Cristo Jesús.

En el mundo, ¿cuál persona es perfecta en su esfera natural? Comencemos por la forma natural. Toda persona al nacer es un bebé; y esa criatura no se vale por sí misma en nada; absolutamente en nada. La tienen que estar atendiéndola y lidiándola en todo. En la medida en que va creciendo, porque se va alimentando, ejercitando, aprendiendo, y la vayan ayudando, pasan los primeros meses y llegará el momento en que se incorpora a medias, y hasta puede llegar a agarrar los barrotes de la

cuna; después empieza a gatear. Supongamos que no se enferma mucho, y empieza a dar sus primeros pasos, hasta que lo vemos correr; pero todavía no sabe hablar; luego lo vemos balbucear las primeras palabras. Llega el tiempo en que lo llevan al jardín infantil; y así va creciendo y aprendiendo; pero todo eso tiene su medida, su tiempo y su sazón, para que la persona vaya creciendo, hasta que ya de grande llega a su plenitud y perfección humana.

Y si ha tenido la oportunidad de estudiar, y ha llegado a ser un profesional, y se expresa con propiedad; se desempeña en su trabajo brillantemente, y se gana su sustento y demás, entonces la persona ha logrado un estadio de perfección en el ámbito natural humano, pues se ve una persona realizada en la esfera natural.

Lógicamente que dentro de lo natural hay excepciones, casos de anormalidades, no pocas por cierto. Eso es verdad. Pero lo curioso es que dentro de la vida de la iglesia también hay anormalidades, y no pocas también. Una persona nace espiritualmente el día y a la hora en que cree en Cristo; ese día nace en el Espíritu, esa persona es regenerada, pues nace de nuevo, nace de lo alto, nace del agua y del Espíritu, nace en el Señor Jesús; esa persona recibe la vida eterna, la vida que no ha sido creada, la vida misma de Dios, y esa persona empieza a ser un hijo de Dios, un santo, una persona apartada para adorar y servir a Dios. Pero no se puede pretender que esa persona ya sea perfecta espiritualmente. Esa persona tiene

que crecer similar a como lo hace un bebé, como lo acabamos de esbozar; esa persona tiene que conocer a Dios, e ir conociéndose a sí mismo; tiene que experimentar la vida en la esfera espiritual que antes desconocía. Dios no quiere que se siga siendo el mismo.

Por otro lado, Dios no suele hacer las cosas en un instante; Dios no usa la instantaneidad cuando no hay necesidad, menos al producir el crecimiento espiritual de sus hijos. Ahí tenemos también el caso de las plantas. Dios todo lo va realizando en el rigor de un necesario proceso, en una acción de manifestación progresiva. Esto incluso lo podemos observar en los primeros dos capítulos del Génesis. Allí no vemos que Dios haya dicho: Hágase la luz, la expansión, la tierra seca y la vegetación, las lumbreras, los peces y las aves, los animales y el hombre, hágase todo ya, de una sola vez, todo junto; no. Dios hizo cada cosa a su debido tiempo. Primero hizo la luz, después la expansión, después lo demás en su orden y en su tiempo; y por fin, cuando ya todas esas cosas presentaban las condiciones requeridas, después de todo eso, entonces creó al hombre.

Y en su sabiduría y delicadeza, viendo que el hombre estaba y se sentía solo, el Señor determinó que era el momento de hacer caer al hombre en un sueño profundo, como cuando a uno lo anestesian para una intervención quirúrgica; y procedió a extraerle una de sus costillas, y con ella hacerle la mujer, y presentársela como su esposa.

Dios todo lo hace con ese procedimiento; y esa es la forma como Dios viene haciendo respecto de la revelación. A través del tiempo, Dios se ha ido revelando al hombre poco a poco, cada revelación a su debido tiempo, buscando que el hombre esté preparado para ir recibiendo todo ese conocimiento de quién es Dios, lo que Dios se propone en todas las edades, y lo que Dios ha hecho, está haciendo y hará.

Así también ocurre en la vida de un creyente. Un creyente nace de lo alto, pero aún es un bebé espiritual; y Dios quiere que a ese creyente le sea revelado ese misterio en la medida en que la persona tiene la capacidad para recibirlo; que haya en él la sazón como para que pueda recibir el alimento de Dios con eficacia, y vaya en firme dando sus primeros pasos con el Señor. Claro, esos primeros pasos los dará después de haber gateado un tiempo; pues, así como el niño, también el creyente pasa por un proceso de conocimiento y aprendizaje, de discipulado; y también nosotros tenemos que ir agotando nuestras respectivas etapas; pero ese crecimiento debe ser progresivo, y no debe estancarse jamás.

En nosotros, los hijos de Dios, sólo deben ver la madurez que tengamos en ese momento; es peligroso querer demostrar más madurez espiritual que la adquirida. Lo perfecto es lo completo, lo maduro, lo recto. Cuando uno trata de imitar a un creyente de mayor madurez que la nuestra, pero sin tener ese grado de madurez, el fracaso es inminente.

Es algo similar a que, si se pretendiera que un joven bachiller entrara a practicar una operación de extracción de un tumor cerebral, como si se tratara de un neurocirujano. Pero el bachiller ni siquiera sabe cómo abrir la caja encefálica; ni siquiera sabe qué instrumento usar para abrir el cráneo de una persona, ni mucho menos cómo es el cerebro humano; y, claro, como no sabe, el resultado es que mataría a esa persona.

Nosotros también tenemos que pasar por un proceso de discipulado con el Señor. El Señor quiere, siempre quiere, pero nosotros tenemos que ponernos también a su disposición para que Él lo vaya obrando juntamente con nosotros.

No debemos tomar iniciativas que en ese momento nosotros no podemos realizar; quisiéramos muchas cosas, pero tenemos que estar en oración a fin de que no nos adelantemos al Señor; orando siempre es posible que de un momento a otro el Señor te lo conceda; puede que te conceda el obispado, por ejemplo.

El que anhela obispado buena cosa anhela. Y es sano que en tu corazón haya un anhelo. Uno debe estar en oración, pero lo normal es que debe experimentarse un crecimiento espiritual en el creyente. Es preciso que crezcamos en nuestra vida con el Señor. No debemos contentarnos con ampararnos a la sombra de otro que haya crecido más que nosotros. No debemos ampararnos a la sombra de otro hermano que haya logrado mucho conocimiento, que sea un maestro destacado. Tampoco contentarnos con pensar que ya somos

santos y poderosos porque aquí vivimos ya como la iglesia local, y la iglesia local es diferente, y tal, y vivamos bajo la sombra de esto, o de alguien, no. Cada quien, cada uno de nosotros debe propender por ese crecimiento en el Señor.

EL TRATAMIENTO DE PEDRO

Ahí tenemos el caso del apóstol Pedro. Pedro andaba con el Señor; muy cerca del Señor; y sin embargo a veces su proceder dejaba mucho que desear. Después de tres años y medio de ser testigo de la vida, obras y enseñanzas del Señor, todavía ostentaba pretensiones derivadas de su ego. Vamos a leer esta parte del perfil de Pedro en Mateo 26:30-35: «*Y cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos* (ahí salieron del cenáculo, y lo hicieron cantando salmos; es posible que entonaran el salmo 115)*. Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas* (cf. Zac. 13:7)*. Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. [33]Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré* (Pedro ahí estaba hablando en el hombre natural, en el yo)*. [34]Jesús le dijo: De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. [35]Pedro le dijo: Aunque me sea necesario morir contigo* (qué atrevido, ¿no?)*, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo*».

No es raro que entre nosotros no falte quien pueda llegar a pensar neciamente: «Bueno, pienso que mi santidad es completa». Ese pensamiento es peligroso, porque te puede llevar a juzgar a los demás, y en tu actitud de juez, mirar cómo se comportan tus hermanos en la fe. No, ya yo no hago esas cosas que mi hermano hace. Entonces el Señor te dice: «Bueno, vamos a ayudarte al respecto; hoy mismo, antes de que anochezca te acontecerá tu chasco». ¿Para qué? Para que tú mismo te des cuenta cómo estás. No seamos tan necios. «Señor, si es necesario estoy dispuesto a ir contigo a la muerte». Como diciéndole uno al Señor: «Tú no me conoces a mí; no conoces al Pedro que tienes a tu lado». Pero el Señor sí que lo sabe.

Lucas dice algo que no dice Mateo. Lucas 22:31-34 registra otro aspecto sobre el perfil de Pedro. «*Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; [32]pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos».* Vemos que Pedro tenía un llamado especial para que pastoreara a la iglesia, para servir al Señor; y sin embargo, en ese momento él tenía que ser tratado; el Señor sabía que a Pedro había que sacarle el hombre viejo de su interior, a fin de que llegara a servir al Señor en un ministerio perfecto. Ante la seria revelación del Señor, Pedro seguía creyendo de sí mismo de manera muy errada.

"[33]El le dijo: Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte. [34]Y él

le dijo: Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú niegues tres veces que me conoces".

Todos nosotros tenemos muchas imperfecciones, luego todos tenemos que ser tratados y perfeccionados por el Señor; todos tenemos la necesidad de despojarnos del hombre viejo; pero es un proceso amargo a nuestra carne; eso no es fácil. La gloria sea para el Señor. El Señor conoce perfectamente cuántas cosas hacemos sin tener la certeza de que estemos en la voluntad de Dios con todo aquello. Aveces creemos que le estamos sirviendo bien al Señor; que es posible que ya poseamos algún grado de dignidad delante de Dios. Me refiero a esa dignidad intrínseca que nos fabricamos; y podríamos llegar a pensar que el Señor nos tiene en cuenta porque haya algo meritorio en nosotros.

LOS BEBÉS DE CORINTO

Ahí tenemos el caso de los hermanos de la iglesia local de Corinto, en Grecia. ¿Por qué vamos a echar una ojeada al caso de Corinto? Porque en la carta de Pablo a los Colosenses hemos leído: «*a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría* (esa es la clave en ese versículo)*, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre*». Entonces, al encarar el caso de los hermanos corintios, en el capítulo 1 de la primera carta, vemos cómo ellos, en vez de dar muestras de amor entre ellos, se enfrentan en contiendas entre los hermanos.

Les dice Pablo: «*Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer*» (1 Co. 1:10).

En la iglesia de los corintios algunos hermanos hablaban una cosa, y otros, otra; no había un acuerdo unánime. Ahora, no necesariamente en esa iglesia se estaba fraguando un cisma por asuntos relacionados con alguna apostasía. No se trataba de eso; pero de todas maneras había un latente conato de división. El cisma consiste en un desgarramiento y fraccionamiento del cuerpo del Señor, en partes que luchan entre sí; ni siquiera es necesario que se haya protocolizado la división, sino que las partes luchan entre sí.

Dice la Palabra: «*que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos*». A medida que vayamos escalando en nuestro perfeccionamiento espiritual, nos vamos uniendo más en comunión con nuestros hermanos, y experimentamos más amor por ellos; y en la medida en que nosotros crecemos espiritualmente, y hay más madurez, no se nos haga raro que le veamos mejor los errores a nuestros hermanos, y nos veamos los nuestros; pero así los amamos más, porque sabemos que nosotros estamos repletos de errores y defectos, y más nos los vemos; y al ver los nuestros, podemos contemplar a nuestros hermanos con misericordia.

Continúa declarando: «*...sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer.* [11]*Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas.* [12]*Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo*». Pero, sucede que los hermanos corintios no eran maduros espiritualmente; porque si hubieran estado pasando por un proceso de crecimiento y de madurez, no hubiera habido entre ellos esas rencillas; en definitiva, eran unos niños en lo espiritual. Pero lo curioso es que dice la misma carta que ellos tenían mucho conocimiento acerca de la Palabra y del Señor. «*Porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo*» (1 Co. 1:5-7).

No obstante, se trataba de un conocimiento que ellos habían acumulado en la mente, no en el espíritu. Y era fácil para ellos depositarlo en la mente, porque eran griegos, y los griegos eran dados a buscar y a interesarse por la sabiduría humana, filosofías y palabrerías de los intelectuales; como cuando el apóstol Pablo llegó a Atenas. Inmediatamente que se enteraron, los señores del Areópago lo llamaron para que les compartiera de la nueva enseñanza que traía. Dice en Hechos 17:18-21: «*Y algunos filósofos de los*

epicúreos y de los estoicos disputaban con él; y unos decían: ¿Qué querrá decir este palabrero? Y otros: Parece que es predicador de nuevos dioses; porque les predicaba el evangelio de Jesús, y de la resurrección. Y tomándole, le trajeron al Areópago, diciendo: ¿Podremos saber qué es esta nueva enseñanza de que hablas? Pues traes a nuestros oídos cosas extrañas. Queremos, pues, saber qué quiere decir esto. (Porque todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, en ninguna otra cosa se interesaban sino en decir o en oír algo nuevo.) »

Ahora comprendemos mejor esa situación entre los corintios y la importancia que le daban a la sabiduría humana. Por esa razón en el resto del capítulo 1 y primera parte del 2, de la misma carta, Pablo les habla de la sabiduría de Dios.

«*Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio;* ***no con sabiduría de palabras*** (humana)*, para que no se haga vana la cruz de Cristo.* [18]*Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios.* [19]*Pues está escrito:* ***Destruiré la sabiduría de los sabios,*** *y desecharé el entendimiento de los entendidos.* [20]*¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿****No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo****?* (la humana) [21]*Pues ya que* ***en la sabiduría de Dios****, el mundo no conoció a Dios* ***mediante la sabiduría*** (aquí se refiere a la sabiduría humana)*, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.* [22]*Porque*

los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría (humana)*; [23]pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; [24]mas para los llamados, así judíos como griegos,* ***Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios****. [25]Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. [26]Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; [27]sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; [28]y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, [29]a fin de que nadie se jacte en su presencia. [30]Mas por él estáis vosotros en* ***Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría****, justificación, santificación y redención; [31]para que, como está escrito: El que se gloría, gloríese en el Señor*» (1 Co. 2:17-31). Hermanos, Cristo es nuestra sabiduría.

LA SABIDURÍA DE DIOS EN MISTERIO

Luego, en el capítulo 2, Pablo les hace una disertación de la auténtica sabiduría divina, como un misterio y don de Dios. «*Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría" (v. 1).* Esa sabiduría que habla aquí es la humana; no fui con excelencia de sabiduría humana. Porque uno puede ser muy buen orador;

uno puede ser muy buen historiador y erudito, y estar dotado de mucha destreza para ilustrar las enseñanzas trayendo a colación acontecimientos y personajes históricos, y puede hacerse muy atrayente; pero todo eso puede ser cargado y abastecido por sa4biduría humana. *«Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado* (esa es nuestra sabiduría)*. [3]Y estuve entre vosotros con debilidad* (la debilidad humana de Pablo)*, y mucho temor y temblor; [4]y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría* (en los manuscritos más antiguos, esta palabra, "humana" no se encuentra escrita porque subentiende; pero en esta versión dice humana sabiduría, y está bien)*, sino con demostración del Espíritu y de poder, [5]para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios» (vv. 2-5).*

Nosotros debemos tener la lectura de la Palabra como una costumbre constante, pero debemos leerla en el Espíritu; debemos leerla buscando la revelación de Dios; debemos leerla en sobriedad, con amor, como cuando un sediento busca el agua que le sacie la sed; como cuando un hambriento procura el alimento para su cuerpo. «*Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez» (v. 6);* un niño en la fe no tiene capacidad para recibir las cosas profundas de Dios, porque no las percibe. En nuestro andar con el Señor hay que madurar, como les dice Pablo a los corintios en el capítulo 3:

«*De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?*» (1 Co. 3:1-3).

Quise ir a darles alimento sólido, pero no pude; tuve que darles leche (alimento para los bebés), pues ustedes todavía no la pueden soportar; ustedes son carnales; les dice Pablo a esta gente que estaban disgustando con sus hermanos. Tal vez en su carnalidad estaban más preocupados por quién hablaba más en otras lenguas que otros.

Volviendo al capítulo 2, leemos: «*Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen» (2 Co. 2:6).* La sabiduría del mundo tiene también su valor en la esfera terrenal, lógicamente; pero esa sabiduría de los sabios de este mundo, obstaculiza la obra del Espíritu Santo. ¿Por qué? Porque la sabiduría del mundo empieza a enfatizar los valores centrados sólo en el hombre, en los paradigmas del humanismo, y sugiere que la predicación de la cruz es locura. Recordemos que la sabiduría de Dios incluye la cruz, la que no es popular incluso entre algunos círculos cristianos.

«*Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria» (v. 7).* Esa sabiduría

oculta encierra una progresión en el creyente. Cuanto más se nos aclara y percibimos de ese misterio de la sabiduría de Dios, vemos con más claridad la gloria de Dios, y más gloria le damos a Dios, y vemos la gloria de Dios manifestada en nosotros. A menudo nos ocurren algunas cosas un poco raras a nuestro parecer; y de repente podemos pensar que es una casualidad, o que es porque estamos de suerte, o de malas, si la cosa nos ofende. Pero en la vida del creyente no hay casualidades, ni suerte, ni mucho menos que estemos pasando por momentos de mala racha. Debemos estar atentos al mover de Dios en nuestras vidas. ¿Qué quiere el Espíritu Santo en cada momento?

Y por último Pablo les dice: «...*la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria.* [9]*Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman* (ahí está la sabiduría)*.* [10]*Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios» (vv. 8-10).*

Hemos constatado en la carta a los Colosenses que el trabajo de perfección del Señor en nosotros incluye la sabiduría; y la sabiduría también está relacionada con la Palabra de Dios. Pablo lo dice en 2 Timoteo 3:14-17:

«*Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y*

que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios (a fin de que la mujer de Dios) *sea perfecto* (para presentar a todo hombre perfecto en Cristo)*, enteramente preparado para toda buena obra*».

En el antiguo perfil del apóstol Pedro, vemos que Pedro se creía un hombre valiente, todo un varón portador de una espada para defender al Señor, dotado de una intrepidez increíble; y él se creía a sí mismo de que aquello era una loable realidad, de que él podía darle cumplimiento a todo aquello; pero el Señor conocía la inutilidad de semejante proceder.

Vemos, en el discurrir de esos acontecimientos, que después que le cortó una oreja al siervo del sumo sacerdote, en el Getsemaní, Pedro no tuvo más nada que hacer que huir del lado del Señor. Sin embargo, hacía unos esfuerzos por acercársele para cumplir su promesa, y zas, cayó en la trampa de la criada.

En cambio, Juan no habló nada, no prometió nada, y permaneció al pie de la cruz del Señor. Eso dice que el Señor permitió que el diablo llevara a Pedro para que una muchacha, sierva del sumo sacerdote, fuese el instrumento para tratar con Pedro; una simple muchacha derribó la intrepidez de aquel “salvador” del Salvador.

TRANSFORMACIÓN DE UN ENGAÑADOR

En Génesis también tenemos otro ejemplo muy ilustrativo, el caso de Jacob. Veamos cómo fue tratado Jacob con miras a su perfeccionamiento. Jacob, a pesar de que jamás había dejado de ser un engañador, a pesar de todo, era amado por el Señor. Recuerden lo que declara Romanos 9:10-12: «*Y no sólo esto, sino también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre* [11]*(pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama)* (Dios me escogió desde antes de la fundación del mundo, no por lo que yo haría en mi historia, ni bueno ni malo. Él sabe por qué nos ha escogido a nosotros)*,* [12]*se le dijo: El mayor servirá al menor».* Esto estaba en los propósitos y en el conocimiento de Dios; y cuando algo está en los propósitos de Dios, nada lo impide ni lo detiene. Nosotros a veces queremos ayudar a Dios, y no esperamos su mover y su accionar.

«*Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí*» (v. 13). Rebeca era estéril de nacimiento. Isaac tenía cuarenta años de edad cuando Eliecer le trajo a Rebeca de Harán, y la recibió y la hizo su esposa. Y pasaron los años y Rebeca no concebía. Isaac oraba por su esposa, para que Dios la hiciera fértil y le diera hijos; y el Señor oyó y aceptó la oración; y después de veinte largos años, cuando Isaac tenía sesenta años, Rebeca concibió gemelos.

El libro de Génesis narra el nacimiento de estos gemelos: «*Estos son los descendientes de Isaac hijo de Abraham: Abraham engendró a Isaac, [20]y era Isaac de cuarenta años cuando tomó por mujer a Rebeca, hija de Betuel arameo de Padan-aram, hermana de Labán arameo. [21]Y oró Isaac a Jehová por su mujer, que era estéril; y lo aceptó Jehová, y concibió Rebeca su mujer. [22]Y los hijos luchaban dentro de ella; y dijo: Si es así, ¿para qué vivo yo? Y fue a consultar a Jehová; [23]y le respondió Jehová: Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas; un pueblo será más fuerte que el otro pueblo, y el mayor servirá al menor*» (Gn. 25:19-23). Vemos a dos gemelos aún en el vientre de la madre, peleándose a ver quién salía de primero en el nacimiento.

«*Cuando se cumplieron sus días para dar a luz, he aquí había gemelos en su vientre. [25]Y salió el primero rubio, y era todo velludo como una pelliza; y llamaron su nombre Esaú*» (vv. 24,25). Recuerden que Esaú significa velludo; y también le llamaban Edom, porque era rojizo; luego tenía dos nombres, y fue el padre de los edomitas.

«*Después salió su hermano, trabada su mano al calcañar de Esaú (*no lo quería soltar)*; y fue llamado su nombre Jacob* (Jacob significa *engañador*, el que toma por el calcañar; el que suplanta, o también Dios proteja)*. Y era Isaac de edad de sesenta años cuando ella los dio a luz*» (v. 26).

Pero resulta que el relato bíblico narra las tendencias de estos dos varones bíblicos. «*Y*

crecieron los niños, y Esaú fue diestro en la caza, hombre del campo; pero Jacob era varón quieto, que habitaba en tiendas (a lo mejor Jacob, al ser un hombre de hogar, era estudioso, calculador; y Rebeca amaba a aquel hijo que le acompañaba en casa. Cada uno tenía su línea de favoritismo). *[28]Y amó Isaac a Esaú, porque comía de su caza; mas Rebeca amaba a Jacob» (vv. 27,28).*

UNA PRIMOGENITURA NEGOCIADA

Esas inclinaciones afectivas de Isaac hacia su hijo Esaú, y de Rebeca hacia Jacob, tuvieron su transcendencia sobre el tema que vamos a tratar a continuación, la venta y compra por engaño de una primogenitura. Para el pueblo hebreo, la primogenitura era sumamente importante, no solamente porque otorgaba doble porción de la herencia, sino también porque se constituía en el sacerdote del clan al faltar el padre; y también el primogénito ejercía la autoridad en el clan; se convertía en una especie de príncipe. Lo de la doble porción, en el caso de que hubiese dos herederos, la herencia debía ser dividida en tres partes, de las cuales dos le correspondían al primogénito, y la restante al otro hijo.

Pero lo más importante es que, en el caso de la línea de estos varones escogidos por Dios para propósitos tan transcendentales, la primogenitura registraba un honor y un peso de responsabilidad, de gloria y de bendiciones divinas de incalculable proyección histórica y profética.

El primogénito entraba a ocupar un lugar preeminente y clave dentro de los propósitos eternos y promesas de Dios a los hombres; y es como si Jacob hubiera conocido en detalle estos propósitos divinos. Claro que de él, como era engañador y mentiroso, ¿qué se podía esperar? Pero el caso es que él creía que no lo era. A veces uno es, y no sabe que lo es. ¿Cuántos Jacob deambulan sueltos por ahí?

Miremos cómo lo narra la Biblia: «*Y guisó Jacob un potaje; y volviendo Esaú del campo, cansado,* [30]*dijo a Jacob: Te ruego que me des a comer de ese guiso rojo, pues estoy muy cansado. Por tanto fue llamado su nombre Edom.* [31]*Y Jacob respondió: Véndeme en este día tu primogenitura.* [32]*Entonces dijo Esaú: He aquí yo me voy a morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura?* [33]*Y dijo Jacob: Júramelo en este día. Y él le juró, y vendió a Jacob su primogenitura.* [34]*Entonces Jacob dio a Esaú pan y del guisado de las lentejas; y él comió y bebió, y se levantó y se fue. Así menospreció Esaú la primogenitura*» (Gn. 25:29-34).

Esto está registrado con una claridad que difícilmente se le puede añadir algo. El guiso de lenteja era un potaje rojo, provocativo; y Jacob aprovechó este momento coyuntural. Como era un hombre de grandes habilidades comerciales, lo aprovechó. Como si dijéramos; lo cogió a mansalva. Jacob definitivamente era un hombre engañador.

¿Cómo debía actuar Dios para tratar con este hombre que tanto amaba y que iba a usar en sus

propósitos con los hombres? Jacob era muy amado de Dios; Él tenía planes eternos con aquel engañador. Dios tenía planes con el aquel mentiroso; Él tenía planes con aquel suplantador; porque Jacob suplantó a Esaú ante Isaac, para lograr que lo bendijera, pues la venta de la primogenitura se hizo a espaldas de Isaac.

Y Rebeca lo ayudó, y estuvo con Jacob urdiendo el engaño y la suplantación. Rebeca intriga con Jacob. Se enteraron de que Esaú había salido a cazar para prepararle un guiso a Isaac para que éste le bendijera. Y enseguida ellos sacrificaron algún corderito, e hicieron guisados y se lo presentó a su padre, no sin antes cubrirse la piel con cueros de animales a fin de parecerse a Esaú en lo velludo. También se puso los vestidos primorosos de Esaú, impregnados de olor de campo y de los animales salvajes, para poderlo suplantar sin mayores sospechas. «*¿Quién eres, hijo mío?*» «*Yo soy Esaú tu primogénito*». Al pedirle que se acercara para palparlo, Isaac dijo: «*La voz es la voz de Jacob, pero las manos, las manos de Esaú*». Su padre le bendijo.

Cuando Esaú llegó con el guiso ya no había bendición para él; había llegado demasiado tarde. Porque la bendición no tenía retroceso; era como firmar un contrato escrito. Esa bendición de primogenitura era dada una sola vez, y tenía peso jurídico; y era valedero no solamente en las tribus hebreas, sino también en otras culturas de ese tiempo.

Entonces, ¿qué iba a hacer Dios para transformar a este hombre y arrancar de él todo vestigio de mentira y de engaño? Jacob era el mayor mentiroso de esa región. Y no lo podía usar el Señor con semejante testimonio. Entonces decidió mandarlo donde el segundo gran mentiroso y engañador de Medio Oriente. Lo envió donde su tío Labán, hermano de Rebeca. Y eso se dio de esa manera por la forma de adquirir la primogenitura. Tuvo que salir hacia Harán huyendo de la ira de su hermano.

Pero indiscutiblemente Jacob era un hombre de Dios. Ya en camino hacia Harán, lo sorprendió la noche; y no teniendo dónde recostar su cabeza, escogió una piedra y la puso por almohada. Allí tubo la visión de la escalera que comunicaba el cielo con la tierra; y allí le habló Dios por primera vez. Jacob no fue ajeno a esa visión, y al despertar dijo: «*Ciertamente Yahveh está en este lugar, y yo no lo sabía. ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo*». Y ungió con aceite aquella piedra; es decir, la consagró a Dios, y le dio un nombre a aquel lugar; lo llamó Bet-el, casa de Dios.

Aquí Dios le dijo, entre otras cosas, *«volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho*». Como diciéndole: Tú eres el que vas a empezar a construir mi casa, a ponerle la primera piedra; pero primero tengo que tratar en ti con el hombre mentiroso y engañador; y para eso te voy a enviar a donde mora el padre de la mentira, para darte de tu misma medicina.

EL ENGAÑADOR ENGAÑADO

Al llegar Jacob a Harán, su tío Labán lo sopesó, lo analizó a ver cómo podía sacarle ventaja. Y miren cómo comenzó ese tratamiento. Jacob conoció a Raquel, la hija menor de Labán; y la amó, y la quería por esposa, pero tenía que pedírsela en matrimonio a su padre. Y le dijo: «*Yo te serviré por siete años por Raquel, tu hija menor*». Aconteció que en la fiesta de bodas como que abundó el vino; se acostaría pasado de licor, y Labán le trajo al lecho nupcial a Lea, la hija mayor. Labán estaba en todo su derecho, pues Lea era la mayor, y era la costumbre cultural de que la mayor se casara primero; pero lo hizo con mentira y engaño. Labán había empezado a engañar al tramposo.

Al día siguiente le dijo Jacob: *«¿Qué es esto que me has hecho? ¿No te he servido por Raquel? ¿Por qué, pues, me has engañado?*», pero Jacob no podía repudiar a Lea, pues ya era su esposa. Y tuvo que trabajar otros siete años por Raquel. Y en medio de todo aquello que le estaba sucediendo, Jacob empezó a mirarse a sí mismo, pero en la persona de su tío Labán, y en la persona de Lea, y en la persona de Raquel.

Cuando quiso partir de regreso a su tierra, Dios consideró que aún no estaba preparado para asumir el liderazgo que le tenía, de manera que permitió que entre Labán y Jacob aún usaran de tretas para que se quedara otro tiempo trabajando.

¿Qué siguió después? Pues que cuando fueron a arreglar sobre el salario de Jacob por los años trabajados, llegaron a un acuerdo en que Jacob

pidió que su paga fuese todas las ovejas manchadas y salpicadas de color, y «*todas las ovejas de color oscuro, y las manchadas y salpicadas de color entre las cabras*». Labán estuvo de acuerdo; coyuntura que Jacob aprovechó para engañar a su tío, usando lo de aquellas varas en los abrevaderos del ganado; una cuestión genética bastante misteriosa que ocurre allí en Génesis.

¿Por qué Dios no trataba directa y personalmente con este hombre? Sencillamente porque Jacob no lo hubiera entendido. Él tenía que ser tratado con una persona igual a él. Nosotros somos tratados a través de personas iguales a nosotros; que tengan los mismos vicios, que caigan en los mismos pecados, que tengan los mismos defectos, que incurran en los mismos errores, a fin de que nos podamos mirar en ellos, a la manera de espejos. Es como si el Señor nos dijera: Mírate tú en esa persona. Quiero que entiendas que te estoy tratando y limpiando de los mismos problemas que ves en esa persona.

Y después que Jacob fue tratado, fue cuando sintió el deseo de volver a Bet-el; a su tierra. Y ya en el camino pudo entender que al lado de su campamento marchaba el campamento de Dios. Pudo ver dos campamentos; *Mahanaim*. Entonces Jacob luchó con el ángel de Dios; y Jacob se aferró al ángel. ¿Por qué no se aferró al ángel cuando iba para Harán? Porque cuando iba huyendo, Jacob todavía no entendía bien las cosas de Dios, ni les daba la suficiente importancia.

Antes que los intereses de Dios, estaban los de él. Pero cuando ya regresaba, Jacob tenía conciencia de que él era un hombre de Dios, y le dijo al ángel: «*No te dejaré, si no me bendices*». Es decir, no me interesa todo lo que me he ganado, todo lo que traigo, mis mujeres, mis hijos, mis riquezas, todo eso no vale nada sin ti, Señor. Lucho contigo, y no te voy a soltar hasta que tú hagas de mí un hombre perfecto en Cristo.

El contexto bíblico no lo declara con esas palabras, pero esa es la verdad del trasfondo. Llegó la hora para ti y para mí en que veamos el horizonte que nos muestra Dios. Porque Dios todo lo que otorga, solamente lo hace a través de su Hijo. No te voy a soltar, Señor, hasta que yo sea un hombre perfecto en Cristo. Ayúdame a no colocar mi confianza en lo que soy y en lo que tengo fuera de ti, ni en el camino que desee andar sin ti. Ayúdame a mirarte a ti. Eso es lo que el Señor quiere en esta hora de nosotros.

Capítulo 3

GERIZIM
TRASFONDO HISTÓRICO DE UNA RELIGIÓN

EL ORIGEN DE LOS SAMARITANOS

El Señor Jesucristo, en su encarnación, su ministerio terrenal, su obra redentora en la cruz, su resurrección, su ascensión al Padre y la venida del Espíritu Santo, se manifestó como el vino nuevo; y desde hace dos mil años, está creando y conformando su verdadero odre nuevo, que es su cuerpo. Los odres viejos son todas las religiones, así se trate de religiones viejas o nuevas, incluido el judaísmo legalista que el Señor encontró en Judea. Hoy en día, se puede considerar odre viejo a toda religión institucionalizada, en especial las que se relacionan con el cristianismo. Y en las ilustraciones bíblicas, hemos visto la conversación que el Señor sostuvo en el marco de su encuentro con una mujer samaritana.

Históricamente, Samaria constituía la región principal del reino del norte, la casa de Efraín, después de protocolizada la división del reino de Israel a la muerte de Salomón. Claro, al principio se le llamaba Samaria a la capital del reino del norte, y después se le siguió llamando así a esa región

aledaña, cuya capital era Siquem, a poca distancia del monte Gerizim.

Recordemos que los judíos odiaban y rehusaban tener cualquier trato, contacto y comercio con los samaritanos. ¿Cuál era esa razón tan poderosa? En esta parte, hay que ser conscientes de que todo comenzó con el pecado del rey David. Después que el rey David se vio involucrado en el pecado del adulterio con Betsabé, la mujer de Urías, y el asesinato de este soldado de origen heteo, la vida del rey no pudo ser la misma, pues David fue perdonado por Dios, pero el pecado tuvo transcendencia durante toda la vida de este querido gobernante hebreo, y sus consecuencias repercutieron aún más allá de la vida del monarca. Incluso se puede hablar de que sus repercusiones han perdurado hasta los fines de los tiempos, estos mismos que estamos viviendo.

Los hijos de David se vieron involucrados en pecados como el incesto, crímenes, rebeliones; y Salomón, el segundo hijo con Betsabé y sucesor de su padre en el trono de Israel, no fue la excepción. Este rey lleno de sabiduría, riquezas y esplendor, también hizo lo malo ante los ojos de Dios, uniéndose en matrimonio con tantas mujeres como pudo, la mayoría de ellas idólatras, a las que les construyó santuarios para sus dioses paganos; y esto, delante de toda una nación que Dios había escogido para dar testimonio de la existencia del único Dios verdadero, santo, creador del cielo y de la tierra. En vista de esta situación, y para agravarla más, a la muerte de Salomón, Roboam, su hijo y

sucesor, le duplicó las pesadas cargas económicas al pueblo. Y el pueblo se cansó, decidiendo dividirse en torno de otra casa reinante.

Recordemos que en Israel había dos primogenituras, la de Judá y la de Efraín. Desde antes de la muerte de Salomón, el Señor había previsto lo que se iba a venir, y había preparado a alguien a fin de que fuese el abanderado de los nuevos acontecimientos de distanciamiento de los gobernantes de la casa de David.

Surge la figura de Jeroboam, de la tribu de Efraín, antiguo servidor en la corte del rey Salomón, quien se constituyó en el líder de la división, constituyéndose en el primer rey en el reino del norte, constituido por diez tribus hebreas rebeladas. Esa facción se siguió llamando Israel; quedando Roboam reinando sólo sobre dos tribus, la de Judá y la de Benjamín, en el sur, reino que se siguió llamando Judá.

Pues bien, para evitar que los del norte vinieran a Jerusalén a adorar a Dios en el templo y ofrecer sus sacrificios conforme a los principios del Antiguo Testamento, entonces Jeroboam, para evitar que sus súbditos desertasen hacia Judá, les erigió dos santuarios idolátricos dentro del territorio del reino del norte; uno en Dan y el otro en Bet-el; y el rey hizo dos becerros de oro para que el pueblo los adorara, constituyéndose así el culto becerril y baálico, diciéndole al pueblo: «*He aquí tus dioses, oh pueblo de Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto*» (1 Re. 12:28). El caso es que ningún rey del norte hizo lo bueno delante de Dios.

Con los años se fue consolidando una gran apostasía, que los llevó a la ruina.

Al cerrar las puertas a la adoración de Dios, el Dios que los había sacado de Egipto, por cambiarlo por Baal, ante semejante iniquidad delante del Señor, y la copa se rebozó, Dios decidió adoptar medidas punitivas con este pueblo rebelde; y fue así como en el año 722 a.C., Dios usó al Imperio Asirio para que invadiera el Reino del Norte y se lo llevara en cautiverio.

Estando reinando en Asiria, Salmanasar V (727 - 722 a. C.) se inició el sitio de Samaria, aproximadamente unos 200 años después de haberse separado de Judá; pero este rey murió antes de que la ciudad capitulara; y Sargón II (722 - 705 a. C.), al sucederle en el trono, completó la conquista de la casa de Efraín, llevándose cautivo al Reino del norte, siendo Oseas rey en Israel, y quien también fue llevado vivo al cautiverio. Esto sucedió en el año 722 a. C.

Entonces, los israelitas fueron desterrados al extranjero; y después el rey de Asiria trajo gente de Babilonia, de Cuta, de Ava, de Hamat y de Sefarvaim para que habitaran en las ciudades de Samaria (cfr. 2 Reyes 17). Con el tiempo, judíos y gentiles se unieron en matrimonio, y sus descendientes formaron un pueblo mixto que posteriormente se les llamó samaritanos. Esa raza mezclada, además por la separación del Dios de Israel, fue considerada por los judíos del Reino del Sur como espuria, no considerándolos como sus hermanos de raza ni de creencias.

Hay otro importante hecho que profundizó esa enemistad. Como se sabe, casi cien años después, los judíos del Reino de Judá también fueron llevados cautivos a Babilonia, cautiverio que tuvo una duración de setenta años; al regreso a Jerusalén de un remanente tras el edicto de Ciro, rey de los persas, en el año 538 a. C., a fin de que iniciaran la reconstrucción del templo, y de la ciudad, y se dieran los comienzos de la vida del pueblo de Dios, los de ese remanente encontraron que los samaritanos se les oponían encarnizadamente; pues ellos querían impedir esa reconstrucción, considerando que aquello representaba un peligro para la estabilidad y seguridad de Samaria, y, además, por el dominio sobre toda aquella región.

Ellos veían un peligro ante los judíos, y así se lo hicieron saber a los sátrapas de esa parte del imperio persa. Los samaritanos sabían que los judíos eran poderosos, y más aun cuando tenían el respaldo de Dios.

JESÚS Y LA SAMARITANA

Con ese trasfondo histórico y en esas circunstancias políticas, raciales y sociales, nace el Señor y empieza su ministerio. Y como Él no vino solamente a salvar a los judíos, sino también a los samaritanos, y a todas las personas que creyeran en Él de todas las razas y etnias del mundo, entonces dice del Señor la Palabra en el contexto de Juan 4: «*Y le era necesario pasar por Samaria.* [5]*Vino, pues, a una ciudad de Samaria llamada*

Sicar, junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José. [6]Y estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo. Era como la hora sexta» (Jn. 4.4-6).

El Señor escogió aquella hora, la sexta, las doce del día, porque los judíos empezaban a contar el día a las seis de la mañana; eso significa que estaba el sol caliente, y el paraje debía estar solitario, escenario apropiado para que una persona llegara por ahí sin que se topara con testigos.

El Señor Jesús sabía que había una mujer samaritana que a esa hora solía ir al pozo de Jacob a aprovisionarse de agua, evitando encontrarse con las otras mujeres de la ciudad, debido a su vida pecaminosa que llevaba, y que luego analizaremos.

"*Vino una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dijo: Dame de beber. [8]Pues sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer*" (Jn. 4.7-8).

El Señor estaba esperando a esa mujer, y era razonable que Él tuviera sed, lo cual podía ser no sólo un pretexto para entablar una conversación que el Señor le pidiera de beber a esta samaritana.

«*La mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío* (tal vez conoció que era judío por el acento)*, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? Porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí*» (v.9).

La mujer, tal vez un tanto turbada, hace referencia a la enemistad entre judíos y

samaritanos. No en vano, Cristo narró la parábola del buen samaritano, cuyo contexto se encuentra en Lucas 10:25-37, pues en la época de Jesús el judío reconocía como prójimo solamente a otros judíos.

«*Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva.* [11]*La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados?* [13]*Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed;* [14]*mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.* [15]*La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla*» (vv. 10-15).

Vemos, pues, por el contexto, que el Señor le brindaba a esta mujer un agua diferente de la del pozo de Jacob. Recordemos que el Señor habló mucho por parábolas comparando las cosas y los acontecimientos del mundo físico con los asuntos espirituales. El Señor nos dice que las cosas del mundo jamás sacian.

Esta sedienta mujer había bebido del agua del primer marido, y no le satisfizo; quería más; entonces bebió del agua de un segundo marido, y tampoco le sació la sed; luego de un tercero y de

un cuarto marido, y cuando habló con el Señor se estaba relacionando con un quinto.

UNA PECADORA RELIGIOSA

Ante aquella situación, el Señor, con el ánimo de ayudar a esta angustiada mujer, como para meterle la mano allá en su profunda conciencia y destapársela, le dijo: «*Ve, llama a tu marido, y ven acá. [17]Respondió la mujer y dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho: No tengo marido; [18]porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad*» (vv. 16-18).

Abordando aquella revelación, ella vio que no tenía delante de ella a un hombre común y corriente, y pensó que aquel judío era un profeta. La samaritana se vio descubierta por un desconocido. Eso era extraordinario. ¿Cuál fue su reacción entonces? «*Le dijo la mujer: Señor, me parece que tú eres profeta*» (v. 19). Es como si hubiera dicho: «Nadie sabe mis secretos, mi vida íntima, y menos un extranjero recién llegado acá que jamás me había visto, y yo tampoco le había visto a él».

Sin duda, todas las personas son religiosas; eso es inherente en la naturaleza del ser humano; incluso las personas que se dicen ateas, también profesan su religión. Este fenómeno es algo innato en el hombre; es parte de su ser. Nadie está exento en esa materia. Esta mujer en su vida privada no daba muestras de acordarse de Dios, ni de dioses;

y sin embargo, ella inmediatamente le hace al Señor una pregunta de tipo religioso, pues ella había nacido y había sido criada dentro de los parámetros de la religión de los samaritanos. Y por eso le dice al Señor: «*Nuestros padres* (se refiere a los samaritanos) *adoraron en este monte, y vosotros* (los judíos) *decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar«* (v. 20).

Ese monte que ella menciona es el Gerizim; y el Señor conocía exactamente todos los detalles del trasfondo religioso de esa región. Pero el caso puntual es que tanto la religión de los samaritanos como la religión de los judíos eran odres viejos, inservibles para contener el vino nuevo llegado del cielo con el Verbo de Dios encarnado. El Señor Jesucristo no vino, de ninguna manera, a aprobar ni a decir: «Esta religión es la que más se acerca a mi mensaje y a los propósitos de mi Padre». Y no es como piensa mucha gente, aun religiosos, de que muchos caminos llevan a Dios. No. No hay camino que lleve a Dios fuera del Camino que Él mismo envió. El único camino que nos lleva a Dios es el que Él trazó por medio de su Hijo. El Hijo de Dios es el único camino; y Él no es el líder o el fundador de ninguna religión, ni vino a aprobar religiones sobre la faz de la tierra.

LA AUTÉNTICA ADORACIÓN

Entonces, por esa razón, Jesús le contesta de la siguiente manera a la samaritana: «*Mujer, créeme* (o sea, lo que te digo es verdad; como cuando Él dice: En verdad, en verdad os digo; lo que yo les

estoy diciendo es la realidad, lo de Dios), *que la hora viene cuando ni en este monte* (ni en esta religión) *ni en Jerusalén* (en la religión de los judíos) *adoraréis al Padre*» (v. 21).

¿Por qué el Señor le da esa respuesta a la samaritana? Porque el tipo de adoración que acostumbran en las religiones tiene su énfasis sobre todo en las apariencias, mayormente en los espectáculos colectivos, resaltando los ritos y las ornamentaciones; y al Señor le desagrada todo eso. El Señor prefiere, más que un templo físico lleno de finas alfombras y flores y adornos votivos, Él prefiere y busca un templo vivo, limpio, sincero y santo; un templo constituido por personas arrepentidas, personas humilladas delante de Dios. Luego dice:

> «*Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos*» (v. 22).

Eso lo dice porque de entre judíos se debía cumplir, y se cumplió, el nacimiento del verdadero Salvador. Pero analicemos un poco lo de la adoración. Es sutilmente fácil simular apariencias de adoración delante de los hombres. Pero la auténtica adoración a Dios es un servicio íntimo y sincero; adoración es una reverencia a Dios que sale de las entrañas; adoración es tener al Señor en el primerísimo lugar en nuestras vidas; adoración es entregarle al Señor todo lo que somos, reconocer toda la grandeza y la gloria, el poder y la sabiduría y el lugar excelso que Él ocupa. Y en el elemento meramente religioso

puede ocurrir como cuando una persona está interesada en algo de otra persona (amor, cariño, dinero, atención, compañía, tantas cosas), y decide llevarle un ramo de flores, o cualquier presente; y externamente eso es algo muy bonito, pero en su corazón puede haber otras motivaciones. Si alguien te saluda de beso, adulaciones y zalamerías, puede estar tratando de ganar tu efecto. En el campo de la religión también se pueden practicar esas apariencias.

Entonces, el Señor le manifiesta a la mujer, que las cosas con Dios son a otro precio; es decir, ni esta religión ni en la que tú me dices que practican en el templo de Jerusalén se puede adorar a Dios auténticamente. Llega la hora en que ya el Señor no acepta ningún tipo de adoración de factura meramente religiosa. Por eso sigue manifestando el Señor:

> «*Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores* (porque hay adoradores mentirosos) *adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.* [24]*Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren*» (vv. 23,24).

El Padre busca esos adoradores auténticos, verdaderos odres nuevos, porque ya Dios está saturado de tanta farsa, y aborrece tanta adoración mentirosa.

HITOS DE UN TRASFONDO HISTÓRICO

Al llegar a este punto, quisiera exponer ahora un corto trasfondo de esa religión de los samaritanos, porque de la religión de los judíos ya tenemos suficiente información, aunque podríamos en otra ocasión encarar algunos aspectos interesantes al respecto. Vamos, pues, a intentar exponer un corto trasfondo histórico de la religión de los samaritanos, y en particular de aquel templo o sagrario que ellos habían construido en el monte Gerizim. ¿Cómo llegaron los samaritanos a tener ese santuario?

En primer lugar, remontémonos a las raíces proféticas del libro de Daniel, y examinemos apartes de los capítulos 2, 7 y 8 de ese importante libro profético, donde vemos lo que Dios había revelado acerca de los principales sucesos de la historia de la humanidad a partir del Imperio Babilónico hasta la segunda venida del Señor. En estos tres capítulos encontramos tres aspectos de una misma profecía de lo que nos interesa exponer en este momento.

PERSIA Y GRECIA EN LA PROFECÍA

En el capítulo 2 del libro de Daniel, donde aparece el sueño de Nabucodonosor, Dios le muestra a este rey babilónico el curso de la historia de la humanidad por medio de una gigantesca imagen metálica, y le muestra los acontecimientos históricos a partir del reino de Nabucodonosor en Babilonia hasta la venida del Señor. El profeta Daniel interviene para declararle al rey el

significado de aquel sueño, y darle la interpretación que le había revelado Dios. Dice el profeta: «*Tú, oh rey, veías, y he aquí una gran imagen. Esta imagen, que era muy grande, y cuya gloria era muy sublime, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible.* [32]*La cabeza de esta imagen era de oro fino* (era Babilonia); *su pecho y sus brazos, de plata* (aquí es Medo-Persia); *su vientre y sus muslos, de bronce* (corresponde a Grecia); [33]*sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido*» (vv. 31-33). Significa que el orden de los imperios que gobernarían el mundo serían Babilonia, Medo-Persia, Gracia y Roma, como lo explican los versículos 36-40.

Luego en el capítulo 7 encontramos la misma revelación, pero ya bajo otro punto de vista, la perspectiva de Dios. Porque Dios no mira lo externo sino lo interno, la auténtica motivación del corazón de los gobernantes. Dios ve los poderes del mundo como lo que son, como unas bestias. Entonces aquí Daniel recibe la visión de las cuatro bestias; y dice el profeta: «[4]*La primera era como león, y tenía alas de águila* (que corresponde a Babilonia). *Yo estaba mirando hasta que sus alas fueron arrancadas, y fue levantada del suelo y se puso enhiesta sobre los pies a manera de hombre, y le fue dado corazón de hombre.* [5]*Y he aquí otra segunda bestia, semejante a un oso, la cual se alzaba de un costado más que del otro, y tenía en su boca tres costillas entre los dientes; y le fue dicho así: Levántate, devora mucha carne*». Ese oso corresponde a los Medos y los Persas. Esta

bestia tenía un costado más alto que el otro debido a que los persas, en esa coalición, eran más fuertes que los medos.

Para nuestro estudio actual sólo nos interesa enfatizar la segunda y la tercera bestia, es decir lo revelado acerca de los imperios medo-persa y griego. Sobre la tercera bestia, Grecia, dice: «*Después de esto miré, y he aquí otra, semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en sus espaldas; tenía también esta bestia cuatro cabezas; y le fue dado dominio*» (v. 6). Todos y cada uno de los dominios y poderes del mundo son dados por Dios.

Leamos ahora acerca de la explicación del sueño de las bestias. «*Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra.* [18]*Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre*» (vv. 17,18).

La revelación que recibió Nabucodonosor en forma de una imagen metálica; luego la revelación que recibió el profeta Daniel, que es la misma, pero en forma de cuatro bestias, se complementan. El pecho y los brazos de plata se corresponde con la segunda bestia, el oso, que es el imperio de los Medos y los persas; el vientre y los muslos de bronce se corresponde con la tercera bestia, el leopardo alado con 4 cabezas; era Grecia. Por la historia sabemos que Grecia venció al imperio de los Medos y persas.

LA HEGEMONÍA MACEDÓNICA

En el siglo IV a. C., Grecia se componía de un conjunto de ciudades estados que incluso se habían enfrentado entre sí por la primacía helena. Los griegos eran muy ilustrados, muy dados a las letras, a la comedia, el teatro y a la filosofía, y gozaban de una cultura muy avanzada para ese tiempo. Al norte estaba una región llamada Macedonia, con una cultura más bien rural, tan distante de la cultura griega propiamente dicha, que incluso algunos historiadores dudan de que allí se hablase el griego que hablaban en Atenas, por ejemplo. Los macedonios se destacaban por ser gente rústica, gente integrada por pastores y campesinos más bien iletrados; personas dadas a las faenas del campo y a los ejercicios corporales, cuyo aspecto físico pudiera compararse con los vikingos; eran amantes de los esfuerzos físicos, el montar a caballo, la cacería. Se dice que el joven hasta que no matara a un jabalí no podía participar de las fiestas.

Entonces el Señor permitió que de allí de ese medio todavía primitivo se levantara un varón de ese temple llamado Filipo, quien realmente no sólo llegó a gobernar a Macedonia, sino también a tener la hegemonía sobre todas las ciudades estados de Grecia, casi que con la excepción de Laconia, pues los espartanos jamás quisieron hacer esos convenios, y participar en esos sometimientos; aunque todos los griegos querían zafarse de la hegemonía de Filipo, no obstante él les guardó siempre cierta consideración.

Antes que Filipo existiese en este mundo, en el año 480 a. C., Jerjes, a la sazón soberano de los persas, incursionó en contra de los griegos. Fue cuando ganó la batalla de las Termópilas y llegó incluso a destruir a Atenas. Desde ese tiempo estaba en el espíritu de los griegos tomar venganza contra Persia, pero el caso es que no había surgido un adalid griego capaz de tomar la iniciativa y reunir un poderoso ejército para llevar a cabo esa venganza, máxime si esa gente había llegado a interesarse más por las letras que por la guerra.

En cambio, en Macedonia surge un Filipo, quien determinó prepararse para vengarse de los persas en nombre de toda Grecia. Pero siendo todavía muy joven su hijo Alejandro, a Filipo lo mataron en una fiesta en un altercado relacionado con unas segundas nupcias de Filipo con una mujer distinta de la madre de Alejandro. La madre de Alejandro, Olimpia, natural de Epiro (al noroccidente de la Grecia antigua), era una mujer temperamental, fogosa, insaciable e inquieta; tal vez, como las mujeres de su raza, también la cubría la fama de brutalidad en sus éxtasis religiosos durante la fiesta en honor a Dionisos. Este carácter de Olimpia lo heredó su hijo. Si Alejandro no hubiese heredado ese carácter de su madre, no hubiera llegado a ser usado para conquistar el mundo en el corto lapso de diez años, en esa primitiva época de la historia.

Entonces, a la muerte de Filipo, inmediatamente el trono de Macedonia es ocupado por Alejandro. Hay que tener en cuenta que el hijo de Filipo, a la corta de edad de 18 años ya era un general del

ejército macedonio, y guerreaba al lado de su padre como cualquier gran veterano. De manera que cuando él ocupa el trono, tiene en sus planes los mismos deseos de todos los griegos, y de Filipo en particular, de salir a vengarse de los persas.

No podemos asegurar que al comienzo los planes de Alejandro fuesen los de salir a conquistar al mundo; sobre todo si el imperio persa era 50 veces más grande que Grecia, y conquistar a un imperio que tenía 20 veces más habitantes que Grecia. El imperio persa era tan vasto, que se dice que para el tercer encuentro, para la batalla de Gaugamela, entre los ejércitos de Persia con el de Alejandro, es posible que Darío III hubiese reunido un millón de soldados, para asegurar la completa derrota de Alejandro.

Pero estaba escrito y asegurada la victoria de Alejandro; por eso hemos leído en el libro de Daniel que Dios lo había establecido así. Estaba escrito que el Señor iba a darle el poder mundial a este joven macedonio. ¿Por qué? Porque era necesario ir preparándolo todo en el escenario mundial para que se cumpliera la encarnación y el nacimiento del Verbo de Dios, y para la posterior difusión, por medio de una cultura helenística, de la Palabra de Dios, en el marco del Nuevo Pacto, el evangelio de la gracia y del reino de los cielos.

EL MACHO CABRÍO QUE VOLABA

Pero antes de seguir con este bosquejo histórico, es necesario que leamos apartes del capítulo 8 de

Daniel, que es la tercera y más amplia profecía acerca de la irrupción de este joven guerrero en la historia, donde encontramos la visión del carnero y del macho cabrío. Recordemos que el carnero era el imperio de los Medos y los Persas, y el macho cabrío era Grecia con Alejandro Magno a la cabeza.

«*En el año tercero del reinado del rey Belsasar me apareció una visión a mí, Daniel, después de aquella que me había aparecido antes.* [2]*Vi en visión; y cuando la vi, yo estaba en Susa, que es la capital del reino en la provincia de Elam; vi, pues, en visión, estando junto al río Ulai.* [3]*Alcé los ojos y miré, y he aquí un carnero que estaba delante del río, y tenía dos cuernos; y aunque los cuernos eran altos, uno era más alto que el otro; y el más alto creció después*» (Dn. 8.1-3). El cuerno más alto del carnero era Persia, y el cuerno más pequeño era Media. Luego Persia se hizo mucho más poderosa que su socia Media.

«*Vi que el carnero hería con los cuernos al poniente, al norte y al sur, y que ninguna bestia podía parar delante de él, ni había quien escapase de su poder; y hacía conforme a su voluntad, y se engrandecía*» (v. 4). Vemos que en Daniel 7, Persia era representada por un oso, y en esta revelación aparece como un carnero «*Mientras yo consideraba esto, he aquí un macho cabrío venía del lado del poniente* (Alejandro que irrumpía de Grecia) *sobre la faz de toda la tierra, sin tocar tierra; y aquel macho cabrío tenía un cuerno notable entre sus ojos*» (v. 5). Si ustedes observan

un mapa de la región ubicado según la orientación de los puntos cardinales, se darán cuenta que Persia estaba ubicada en el oriente, en Asia, y Grecia al occidente, en Europa; de manera que la irrupción del macho cabrío era del poniente hacia el oriente (el levante). Sin tocar tierra significa la gran velocidad y agilidad de movimiento de Alejandro, quien era ese solo cuerno del macho cabrío.

«*Y vino hasta el carnero de dos cuernos, que yo había visto en la ribera del río, y corrió contra él con la furia de su fuerza.* [7]*Y lo vi que llegó junto al carnero, y se levantó contra él y lo hirió, y le quebró sus dos cuernos* (quiebra tanto el poderío de Persia como el de Media), *y el carnero no tenía fuerzas para pararse delante de él; lo derribó, por tanto, en tierra, y lo pisoteó, y no hubo quien librase al carnero de su poder*» (vv. 6,7). No hubo poder humano que pudiera ayudar al carnero, a Darío de Persia y su aliado, del poder del macho cabrío, el joven Alejandro de Macedonia.

LOS CUATRO CUERNOS DEL MACHO CABRÍO

«*Y el macho cabrío se engrandeció sobremanera; pero estando en su mayor fuerza, aquel gran cuerno fue quebrado, y en su lugar salieron otros cuatro cuernos notables hacia los cuatro vientos del cielo*» (v. 8).

El quebrarse el gran y único cuerno del macho cabrío, no significó que el poderío de Grecia se viniese abajo, sino que se le dio cumplimiento cuando murió Alejandro; pero ese imperio siguió

gobernando al mundo a través de cuatro generales del estado mayor del ejército macedónico, llamados también *diádocos*. Al saber que se iba a morir, Alejandro les asignó los territorios, dividiéndose el imperio así: 1. *Antípatro* fue reconocido como rey de Macedonia y del Epiro. 2. *Ptolomeo I Sóter*. Rey de Egipto. 3. *Seleuco I Nicátor*.

Rey fundador de la dinastía celéucida, en los territorios sirios, libaneses y noreste de Israel. 4. *Antígono Monoftalmos*, llamado el Cíclope, por haber perdido un ojo en un combate. A este general de Alejandro Magno, le correspondió ejercer gobierno y autoridad sobre Frigia.

Esas cuatro divisiones del imperio griego corresponden a las cuatro cabezas del leopardo y a los cuatro cuernos del macho cabrío después de quebrado el cuerno grande. Para agilizar el estudio, retomamos el hilo de la profecía para ver la explicación del ángel Gabriel a Daniel:

«*Y aconteció que mientras yo Daniel consideraba la visión y procuraba comprenderla, he aquí se puso delante de mí uno con apariencia de hombre*" (v. 15). Ese ser de apariencia de hombre es el ángel Gabriel. "*16Y oí una voz de hombre entre las riberas del Ulai, que gritó y dijo: Gabriel, enseña a éste la visión. 17Vino luego cerca de donde yo estaba; y con su venida me asombré, y me postré sobre mi rostro. Pero él me dijo: Entiende, hijo de hombre, porque la visión es para el tiempo del fin. 18Mientras él hablaba conmigo, caí dormido en tierra sobre mi rostro; y él me tocó, y me hizo estar en pie. 19Y dijo: He aquí yo te enseñaré lo que ha*

de venir al fin de la ira; porque eso es para el tiempo del fin. [20]*En cuanto al carnero que viste, que tenía dos cuernos, éstos son los reyes de Media y de Persia.* [21]*El macho cabrío es el rey de Grecia, y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero* (este es Alejandro). [22]*Y en cuanto al cuerno que fue quebrado, y sucedieron cuatro en su lugar, significa que cuatro reinos se levantarán de esa nación, aunque no con la fuerza de él*» (vv. 16-22).

EL CARNERO HERIDO DE MUERTE

Los primeros pasos para el regreso a Jerusalén del remanente de los judíos del cautiverio babilónico, se dieron durante el reinado persa de Artajerjes III, Ojus; pero a Artajerjes le sucedió Arsas, y luego Darío III, Codomano (336-331). Más o menos en el año 334 salió Alejandro en su expedición conquistadora de Macedonia, y cruzó el Helesponto, el estrecho que divide a Europa con Asia Menor. Y enseguida que pasó el estrecho, se le enfrentaron las tropas persas; y él las derrotó allí casi a orillas del Helesponto (hoy llamado de los Dardanelos), cerca del Gránico, un riachuelo de los montes de Ida. La reacción de Darío fue subestimar al ejército macedónico, tildándolos de "una partida de bandidos". El paso a seguir fue que Darío, el soberano persa, se viene al encuentro de Alejandro con un ejército bien poderoso (todavía no se trata del ejército del millón de soldados); y como él estaba seguro de su victoria sobre aquel muchacho, se trajo consigo a su madre, a su

esposa (dice la historia que era una de las mujeres más hermosas de ese tiempo) y a sus hijos.

Cuando se enfrentaron los dos ejércitos para la segunda batalla entre los persas y los griegos, en Iso, puerto meridional de Asia Menor, fue tal la furia del mismo Alejandro con sus tropas, que Darío salió huyendo dejando atrás a su madre, a su esposa y a sus hijos, en manos del enemigo. Poco después, Darío le escribió a Alejandro pidiéndole la devolución de su madre, mujer e hijos, a cambio de su amistad. Darío, ante la negativa de Alejandro, le ofreció diez mil talentos y una vasta región desde Asia Menor hasta el Eúfrates, y además que fuese su yerno. Alejandro le contestó diciéndole que fuera él en persona a buscarlos; y que, además, todo aquel territorio que le ofrecía ya era de él, pues lo había conquistado; y que si él quisiera casarse con una hija de Darío, no tenía la necesidad de pedírsela, pues ya la tenía en sus manos. Bueno, la humillación no podía ser peor. Incluso, Parmenión, el general de más alto rango después de Alejandro, le dijo: «Si yo fuera Alejandro aceptaría tantas ventajas antes que exponerme a nuevos peligros». «Y yo también, si fuera Parmenión», replicó Alejandro. Con estas cosas, les estoy diciendo que el macho cabrío que no tocaba tierra, venía arrasándolo todo; y ese poder se la había concedido Dios. Algo importante de considerar es que al general Alejandro Magno no le interesaba avanzar mientras no dejara bien cubierta su retaguardia. Los persas contaban en el Mediterráneo con una poderosa flota de barcos,

tanto mercantes como de guerra; y Fenicia, especialmente la ciudad de Tiro, eran los territorios donde mayormente se guarnecía esa flota.

Entonces Alejandro, antes de continuar su conquista tierra adentro, determinó avanzar sobre Fenicia y sus principales ciudades como Sidón y Tiro. Pero como Tiro se le resistió, la sitió durante siete meses; ellos se creían inexpugnables; de manera que la sitió hasta arrasarla y acabar con esa ciudad; y con esa acción acabó dándole un golpe mortal a la flota de barcos persas en el Mediterráneo. Alejandro estaba seguro de que si esa flota quedaba intacta en el Mediterráneo, sus enemigos persas a toda prisa invadirían a Macedonia y a toda Grecia, y como consecuencia, sus victorias en tierra serían pírricas, y podría fracasar su cometido por tierra.

EL ORIGEN DE UN SANTUARIO

¿Por qué les estoy contando esto? Por lo siguiente: Después que Nehemías, Esdras, Zorobabel y demás judíos del remanente que había regresado del cautiverio babilónico, hubieron trabajado en la reconstrucción del templo y la ciudad de Jerusalén, y se dieron los pasos para la reanudación de la restauración de la patria de los judíos, restableciendo los servicios sacerdotales con el sumo sacerdocio a la cabeza; después de que eso se reanudó en Jerusalén, y habiendo pasado los años, llegó a ocupar esa alta posición de sumo sacerdote uno llamado Jad, quien tenía un hermano llamado Manasés. Este Manasés se unió

en matrimonio con Nicasó, hija de Sanabalet, a la sazón sátrapa en Samaria de Darío III, rey de Persia.

En esa época a los gobernantes de las provincias del Imperio Persa, no les llamaban gobernadores sino sátrapas. A Sanabalet le agradó lo del matrimonio de su hija con Manasés, con la esperanza de que con este enlace se pudiese ganar el favor de los judíos. Entonces los ancianos de Jerusalén, al ver que el hermano del sumo sacerdote se había casado con una mujer de otra raza, siendo de la dignidad del sumo sacerdote, se apartaron de él, y le ordenaron que se divorciara de Nicasó, o de lo contrario que no se acercara más a ministrar en el altar de Dios. Ante esa presión por parte de los ancianos de Jerusalén y de su mismo hermano, Manasés tomó la determinación de presentarse ante Sanabalet y decirle que, aunque amaba mucho a su hija, prefería divorciarse de ella y abandonarla a cambio del pontificado, el más alto honor y posición que podía alcanzar en su vida todo judío.

Los ancianos de Jerusalén ya habían sufrido este mismo problema en su nación, y no querían que se repitiera. Al final del libro de Esdras se encuentra una larga lista de sacerdotes y levitas que se casaron con mujeres extranjeras; y cuando eso llegó a ocurrir, ellos evitaban que ministraran en el altar del Señor.

Ante esta delicada situación que afectaba a su hija, y a su misma reputación y propósitos, Sanabalet le prometió a Manasés que hablaría con

Darío III para que por decreto lo nombrara sumo sacerdote. Pero como en Jerusalén esa posición la estaba ejerciendo su hermano Jad, entonces, para que pudiese ejercer su dignidad sacerdotal, se le iba a construir un hermosísimo y enorme santuario en el monte Gerizim, en la provincia de Samaria.

Pero el caso es que al ser vencido Darío precisamente por Alejandro de Macedonia en las batallas de Gránico e Iso, apoderándose luego de Fenicia y sus ciudades Sidón y Tiro, y habiendo acabado con la flota persa en las aguas del Mediterráneo, el panorama político estaba girando muy precipitadamente, y el balance del poderío mundial se estaba inclinando hacia los griegos. Tanto en Samaria como en Jerusalén supieron que Darío había salido huyendo, en desbandada; y les llegó la noticia de que Alejandro estaba sitiando a Tiro, en Fenicia.

Entonces, ante esas rotundas derrotas de Persia frente a Grecia, Sanabalet, por conveniencias obvias, decidió cambiarse de bando, y abandonar a Darío para hacerse a la amistad de Alejandro. Para ello se fue hasta Tiro llevándole al vencedor Alejandro una ayuda de ocho mil hombres para reforzar el ejército griego. No desaprovechó la oportunidad de plantearle el caso de Manasés y el matrimonio de su hija Nicasó. Le dijo que Manasés era de la familia sacerdotal, hermano de Jad, diciéndole que él le había ofrecido hablar con Darío para lo del sumo sacerdocio, y que para ejercerlo se le iba a construir un hermoso santuario en Samaria; agregándole:

«Mi señor, ahora te ruego que por medio de un decreto te dignes nombrarlo sumo sacerdote, y que apruebes la construcción de un santuario en el monte Gerizim». Y así con el permiso de Alejandro, Sanabalet edificó el templo en el monte Gerizim y nombró a Manasés sumo sacerdote. Pero en el tiempo en que el Señor Jesús conversó con la mujer samaritana junto al pozo de Jacob, ya este templo no existía, pues había sido destruido en 128 a. C. por Juan Hircano, etnarca y sumo sacerdote de los judíos, de la familia de los asmoneos; y no se volvió a construir jamás. Pero los samaritanos siguieron considerando ese sitio como un lugar sagrado y centro de adoración.

ALEJANDRO EN JERUSALÉN Y SAMARIA

Pues bien, cuando Alejandro hubo terminado sus siete meses de asedio a la ciudad de Tiro, y tres meses más de asedio a la ciudad de Gaza, en la franja filistea de Gaza (hoy de los palestinos), subió a Jerusalén. Cuando se acercaba a Jerusalén, fue recibido jubilosamente por una procesión encabezada por el sumo sacerdote Jad, todos los sacerdotes y levitas; todos los prelados con sus vestiduras sacerdotales, y mucho pueblo. Como el sumo sacerdote luciera en la cabeza la tiara y la lámina de oro en la que estaba escrito el nombre de Dios, Alejandro, antes de saludar al sumo sacerdote, veneró este nombre. Cuenta Flavio Josefo que los reyes de Siria, los generales y demás dignatarios, se admiraron y sospecharon que Alejandro había perdido el espíritu. El general

Parmenio fue el único que se le acercó para preguntarle qué le estava sucediendo, diciéndole que mientras todos le adoraban a él, él, el gran Alejandro, se inclinaba frente al gran sacerdote de los judíos.

«No lo adoro a él –dijo Alejandro– sino al Dios cuyo sumo sacerdocio ejerce. Lo vi en esta forma, en sueños, en Dión de Macedonia, mientras me preocupaba la forma de apoderarme de toda Asia, y me exhortó a que no dudara, y que procediera confiadamente; que él conduciría mi ejército y me entregaría el imperio de los persas. Por esto, puesto que a ninguno otro vi en esta forma, ahora recordé la aparición y la exhortación. Creo que mi expedición se ha realizado por inspiración divina; es así como he vencido a Darío y me he impuesto a los persas, y tendré éxito en los proyectos que elaboro en mi espíritu» (Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos*, Libro XI, Cap. VIII, pág. 258).

Alejando en su estadía en Jerusalén, les otorgó a todos los judíos, no sólo los de Jerusalén sino de todo el imperio, que vivieran de acuerdo con sus leyes. Seguidamente visitó varias ciudades, entre ellas a Siquem en Samaria, donde fue recibido también con mucha pompa.

ESTAMOS SIENDO CONFORMADOS

Bien, así hubiese sido por orden de un decreto de Alejandro el Grande, así hubiera sido de parte de un hombre que había recibido de parte de Dios

el mandato y dominio del mundo, lo de la construcción del templo en Samaria, cuando ya se trata de la adoración del Señor de la gloria, ya no se tiene ninguna relación con el monte Gerizim, ni siquiera con el templo de Jerusalén, ni con cualquiera religión por muy antigua y «legítima» que pretenda ser en el mundo.

El Señor quiere que en nosotros, la vida que llevamos como iglesia se perfeccione espiritualmente de tal manera que nosotros cada día entendamos mejor que delante de todas las religiones, y delante del mundo, y delante de la cristiandad, estamos siendo conformados como la realidad de los que buscan a Dios para adorarle en espíritu y en verdad; y que, con la ayuda del Señor, estamos siendo liberados de contaminaciones religiosas. Si en nuestro corazón, en nuestra mente, en nuestros sentimientos y en nuestros recuerdos todavía hay rezagos de lo que antes fuimos, bueno es que le pidamos al Señor que limpie nuestro corazón, que limpie nuestra mente, que limpie todo nuestro ser de toda costumbre, ritos, supersticiones y agüeros que ofenden al Señor.

Quien ahora rige nuestras vidas (o debemos dejar que la rija) es el Señor Jesús; no las supersticiones ni los agüeros, ni los horóscopos, ni las pervertidas orientaciones de los brujos y hechiceros, ni los amuletos. Toda influencia maligna ha sido derrotada por nosotros en la cruz de Cristo; y también debe ser derrotada en nuestra propia cruz. Dios quiere que nosotros en la iglesia

local demos testimonio de la vida del cuerpo, y seamos esos adoradores, seamos ese odre nuevo que recibe el vino nuevo, para adorarlo a Él en espíritu y en verdad.

Capítulo 4

EL ODRE VIEJO DESECHADO

El trasfondo histórico

Hemos estado analizando acerca del vino nuevo que el Señor nos trajo consigo, a fin de llenar el odre nuevo que ha ido preparando a través de los siglos con gente tomadas de todas las etnias de la tierra. En el presente capítulo nos ocuparemos de cómo fue que el Señor desechó el odre viejo que no quiso recibirlo a Él, por no soportarlo.

Recordemos que este asunto del vino y del odre es tratado por el Señor en los tres evangelios sinópticos, donde vemos esa crítica que le hacen los fariseos al Señor, reprochándole que sus discípulos no ayunaban como los de ellos; y Él, entre otras cosas, conociendo el peso de añadiduras a la ley de sus opositores, les responde aclarándoles que no se puede echar vino nuevo en odre viejo, porque el odre viejo no ***soporta*** (subrayamos esa palabra) al vino nuevo.

Ese gran odre viejo se fundamentaba sobre dos pilares: su estructura ceremonial en torno al templo de Jerusalén, manejado por el Sanedrín judío; y la ley del viejo pacto, invalidada, por cierto, por la tradición y la profusa interpretación escrita. A menudo el Señor les decía: «*Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición...*

Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres» (Mt. 15:6,9).

Pero, ¿cuál había sido la respuesta de ellos al requerimiento de Dios? Ahí tenemos el testimonio de los profetas enviados a Israel y a Judá, hasta la aparición de Jeremías. Resumiendo, se podría plantear la siguiente pregunta: ¿De qué le sirve al Señor que ostenten el hermoso templo de Jerusalén, y aquella multitud de sus sacrificios, si el corazón de ese pueblo estaba lejos de Dios? El corazón de ellos se había apartado de Dios en pos de la idolatría, de la injusticia, del cohecho, de la inmoralidad; de manera que es como si el Señor les hubiera dicho: ¿De qué les sirve a ustedes tener ese hermoso templo, construido con ingentes riquezas, si ustedes me ofrecen sacrificios vacíos con manos untadas de sangre, sacrificios malolientes para mí? De manera que a Dios se le agotó la paciencia, y permitió que una potencia extranjera los invadiera, los sitiara, les destruyera el templo (Nabucodonosor en 586 a. C.), destruyera la ciudad, acabase con la nación, matando a la mayoría del pueblo, y llevándose cautivos a Babilonia una buena cantidad de lo mejor de la sociedad judía, incluido el rey, para que en Babilonia pudiesen saborear a sus anchas la amarga desventura de la idolatría, en la cuna misma del satanismo y de la hechicería.

Los llevó, pues, deportados a Babilonia, a ser siervos de sus cautivadores, a fin de que supieran y pudieran comprobar en carne propia el amor tan grande que Dios les tenía. Y cuando ya se

cumplieron los setenta años de cautiverio predichos por el profeta Jeremías, regresó un remanente en tiempos de Zorobabel.

No obstante, cuando le daban comienzo a la reconstrucción del templo, hubo ataques por parte de los samaritanos, y sobrevinieron otros inconvenientes, y los judíos de ese remanente se desanimaron y hasta suspendieron los trabajos. Entonces el Señor les envió dos profetas, a Zacarías y Hageo, a fin de que los animaran y les dieran palabra de Dios, para que ellos reanudaran los trabajos en el templo. Eran tiempos muy difíciles.

La gloria postrera mayor que la primera

Pero miren lo que declara Hageo respecto de ese segundo templo que ellos estaban reconstruyendo en Jerusalén a su regreso de Babilonia. Dice Hageo 2:9: «*La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos*».

Recuerden que la primera casa de Dios fue construida por el rey Salomón, y en ella la gloria de Dios fue manifestada tan poderosamente, que incluso los sacerdotes tuvieron que salirse del templo, porque no lograban soportar aquella manifestación del poder glorioso de la presencia de Dios; y sin embargo, Hageo dice que la gloria postrera, la de la última casa, de aquel templo que ellos estaban construyendo a su regreso, sería

superior a la de la primera. Luego sigue: «*y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos*».

¿A qué gloria se refería el profeta? Si después que ellos reconstruyeron el templo, y con el tiempo Herodes el Grande lo reconstruyó y decoró con toneladas de oro, ¿creen ustedes que sería ese oro de Herodes lo que glorificaría al nuevo templo de Jerusalén? Tengamos en cuenta que en ese templo restaurado jamás se dio una manifestación de Dios como sí la hubo en tiempos de Salomón.

Entonces, ¿cuál fue esa gloria postrera? Pues lo dice Hageo en el versículo 7: «*Y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos*».

Vemos que esa más grande gloria de la última casa se debe a que el Deseado, el Señor Jesucristo, entró en ella en los días de su ministerio terrenal. Esa es la verdadera gloria; y ellos no se enteraron de la presencia de esa gloria maravillosa.

En su ceguera, los judíos rechazaron al Señor; le persiguieron, le escupieron, le llamaron demonio; peyorativamente lo tildaron de samaritano; lo rechazaron; e intrigaban para ver cómo lo mataban. Estas cosas son registradas en muchas partes de los Evangelios.

Un ejemplo lo tenemos en el capítulo 8 del evangelio de Juan. «*El que es de Dios, las palabras de Dios oye*» (v. 47). Si ellos hubieran sido de Dios, habrían escuchado al que trajo la Palabra de Dios. Él es la Palabra de Dios, el Verbo de Dios

encarnado. Él mismo les estaba hablando, y ellos no le entendieron, no le quisieron escuchar. Dice:

«*El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios* (se los dijo con toda claridad). *[48]Respondieron entonces los judíos, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros* (o sea que ellos en sus corrillos privados vivían despotricando del Señor), *que tú eres samaritano, y que tienes demonio? [49]Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, antes honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis*» (vv. 47-49).

¡Qué tristeza contemplar ese cuadro!

Sabemos que has venido de Dios

Las dos principales sectas del judaísmo oficial en tiempos de Jesús eran los fariseos y los saduceos; y los saduceos eran los más celosos de que se cumpliera con la ley y con los requisitos de su religión; claro que entre las dos sectas había diferencias sobre todo de tipo doctrinal, como por ejemplo, los fariseos creían en la resurrección de los muertos, mientras que los saduceos no; pero acá lo importante es que ambas corrientes sabían, o eran conscientes de lo que estaban haciendo frente al Señor Jesús.

No obstante, en medio de ese desierto de incredulidad, encontramos oasis como Nicodemo. Podríamos tomar el caso de Nicodemo como especie de ventana por donde podemos entrever la situación de los dirigentes religiosos de Israel de ese momento. ¿Qué le dijo Nicodemo al Señor?

Nicodemo era miembro del Sanedrín, el consejo supremo de los judíos; Nicodemo era un principal (un príncipe) entre los judíos; era además un maestro de Israel, un doctor de la ley, y fariseo, como lo declara el versículo 1 del capítulo 3 de Juan; y también porque el Señor mismo se lo declara: «*Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?*» (V. 10). Pero, ¿qué le dijo Nicodemo al Señor en esa visita nocturna? Miremos. «*Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos*...» (v. 2). Ese ***sabemos*** nos permite intuir que no era él solo, Nicodemo, el que lo sabía, sino que habría un grupo en el Sanedrín que sabía que el Señor Jesús era un varón enviado por Dios a su pueblo.

Eso es importante aclararlo, pues a uno puede que se le dé por pensar que entre esa gente nadie supo nunca nada; que todo en torno al Señor Jesús pasó desapercibido. Eso es fácil pensarlo y creerlo.

Pero en Juan 3:2 vemos una luz aclaratoria:

«*Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí* (Maestro), *sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él*».

Entonces muchos de ellos sabían que el único que podía hacer esas señales sobrenaturales que veían hacer por Jesús, era Dios. De manera que ellos eran conscientes de una realidad irrefutable.

Otro caso lo encontramos en el capítulo 11 del evangelio de Juan. Eso ocurrió después de que ellos fueran testigos, o sus espías, de que el Señor

resucitó a Lázaro, su amigo de Betania; e inmediatamente todo el Sanedrín lo supo. Leamos desde el versículo 45:

«*Entonces muchos de los judíos que habían venido para acompañar a María, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él.* [46]*Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho.* [47]*Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron el concilio* (el Sanedrín)*, y dijeron: ¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales».*

Ellos no dijeron: Oh, acaba de resucitar un muerto; Él es Dios; vamos a buscarle y a creer en Él, no. Sino que dijeron: ¿Qué haremos para sacudirnos de Él?

«*Si le dejamos así, todos creerán en él* (como diciendo: menos nosotros. ¿Sí ven cómo el odre viejo no recibe ni soporta al vino nuevo de Dios en Cristo? No puede)*; y vendrán los romanos, y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación» (v. 48).*

Ellos pensaban: Si todo el pueblo cree en este hombre, pronto va a ser rey, y nuestra milenaria religión va a colapsar. A ellos les interesaba más su templo y su nación, su estabilidad política y religiosa que creerle a Dios, y creerle al que Dios había enviado. Y precisamente, por rechazar al Señor Jesús, sucedió lo que ellos temían.

«Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada (aquí Caifás fungió de profeta)*;* [50]*ni pensáis que nos*

conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. [51]*Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación;* [52]*y no solamente por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos.* [53]*Así que, desde aquel día acordaron matarle*» (vv. 49-53).

Lamento de Jesús sobre Jerusalén

Desafortunadamente ellos no creyeron en el Señor; y al no creer, al rechazarlo, ya no quedó más nada que hacer. Jesús vio toda su amada nación completamente perdida. Todo lo que Dios había construido en el Antiguo Testamento, desde Moisés hasta Malaquías, todo ese acervo de revelación se había perdido para una nación ciega.

Cuántas veces Dios había mandado a sus siervos los profetas, y no fueron bien recibidos, los habían perseguido, los habían apedreado, los habían encarcelado, los habían matado; por último, Dios envió a su propio Hijo, y también hicieron con Él lo mismo. Y el Señor Jesús veía que se acercaba el momento, y su nación se perdía, se le salía de las manos; y empezó a sufrir, porque Él amaba a Jerusalén, la ciudad del gran Rey.

Entonces, ¿qué sucedía en ese momento? Que el Señor no quería que su nación pereciera. Leámoslo en Lucas 19:41-44: «*Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella,* [42] *diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos*

en este tu día, lo que es para tu paz! (Sin embargo, el nombre de la ciudad, Jerusalén, lo dice: la ciudad de la paz) *Mas ahora está encubierto de tus ojos* (para el que no quiere creer, hay un velo que cada día se va haciendo más oscuro)*. [43]Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado* (eso fue lo que hicieron los romanos; a Jerusalén la rodeaba un gran bosque, y los romanos cortaron todos aquellos árboles e hicieron con ellos unas gigantescas estacas con una gran púa hacia arriba, e hicieron un enorme y fuerte vallado, y rodearon la ciudad)*, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, [44]y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación*».

Cuántas personas no conocen el tiempo de la visitación de Dios. «*Si tú supieras*...» Para Dios, Jerusalén siempre ha sido una ciudad especial. ¿Recuerdan lo que dice el Salmo 48 refiriéndose a Jerusalén?

«*Grande es Jehová, y digno de ser en gran manera alabado en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo. [2]Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra, es el monte de Sion, a los lados del norte, la ciudad del gran Rey. [3]En sus palacios Dios es conocido por refugio*» (Salmo 48:1-3). ¿Cómo no le iba a causar semejante dolor? Indiscutiblemente, Dios tiene sentimientos; Dios es amor, Dios aborrece el pecado, y también llega a entristecerse. Dios es una persona sensible.

Por ejemplo, en el evangelio de Mateo encontramos un lamento del Señor sobre Jerusalén.

«*Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad;* [35]*para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar.* [36]*De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación.* [37]*¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!* [38]*He aquí vuestra casa os es dejada desierta.* [39]*Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor*» (Mt. 23:34-39).

Israel rechaza a Jesús

Entonces, cuando ya se acerca la hora, y viendo que Jesús era un peligro para la supervivencia de su religión y de su posición dentro de ella, para sus negocios religiosos, para su estabilidad política y nacional, los dirigentes religiosos de Israel deciden prender al Señor para quitárselo de encima; y cuando creen que les favorece el momento coyuntural, lo prenden y se lo llevan a Pilato, el procurador romano en Judea. Pilato sopesa aquella situación, y controvierte con ellos, porque él veía

que a todas luces se estaba cometiendo una injusticia; pero Pilato se mostró cobarde porque pensaba que los judíos lo podrían acusar ante Roma de deslealtad y traición. Téngase en cuenta que Pilato fue enviado por el emperador Tiberio; o mejor, por la influencia de su astuto y perverso amigo Sejano, el prefecto o comandante general de la guardia pretoriana imperial. Sejano era muy amigo de Pilato, y por su poderosa influencia ante Tiberio, fue enviado como procurador a Judea; pero cuando Sejano cayó en desgracia, y lo asesinaron arrastrando su cadáver por las calles de Roma, Pilato, como consecuencia, cayó también en desgracia, y Tiberio le suspendió en su cargo de procurador, y fue desterrado a Vienna (hoy Vienne), en el sur de Francia, donde es probable que él mismo se haya quitado la vida, según fuentes históricas.

Pero el caso es que, al examinar a Jesús, Pilato les dijo a los dirigentes religiosos de Israel que él hallaba a Jesús inocente. Sus palabras registradas en la Biblia, fueron:

«*Entonces Pilato salió otra vez, y les dijo: Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él*» (Juan 19:4).

¿Cuál fue la respuesta de ellos?

«*Cuando le vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron voces, diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Pilato les dijo: Tomadle vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo delito en él*» (v. 6).

En el evangelio de Mateo encontramos una expresión condenatoria muy grave pronunciada por ellos mismos. «*Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá vosotros.* [25]*Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos*» (Mt. 27:24-25).

Cuando los pueblos se apartan de Dios, ellos mismos se están maldiciendo. Aquí, los judíos se maldijeron a sí mismos, acarreando sobre sí esas terribles consecuencias. El Señor no dijo nada de eso. Él más bien profetizó lo que vendría, pero lloraba por ellos, por su nación, por su amada Jerusalén.

El Señor Jesús fue crucificado en tiempos del emperador Tiberio, quien gobernó al Imperio Romano desde el año 14 hasta el 37 de nuestra era. Como les decía, en tiempos de Tiberio fue enviado Poncio Pilato a Judea como procurador, y estuvo allí desde el año 24 al 36.

Pero, como nada sucede sin la voluntad del Señor, Él permitió que enviaran no a una persona justa, sino a un individuo muy duro, demasiado inflexible, que no tenía consideración con persona alguna, y en su procuraduría hubo demasiada corrupción política y de tipo económico, robos, violencias, abusos, ofensas, brutalidad, condenas sin el debido proceso. Desde el comienzo, con el propósito de enardecer a los judíos,

Pilato enviaba tropas de Cesarea a Jerusalén ostentando premeditadamente estandartes con la efigie del emperador, quien, en mayor o menor grado, se pretendía con orígenes divinos. Se sabe que los judíos han detestado todo lo que, a su parecer, huela a idolatría; le tenían horror a las imágenes, y a toda idea de la deificación de la figura humana.

Y como los judíos declararon a Pilato que la sangre del Señor cayera sobre ellos y sobre sus hijos, entonces el Señor permitió que las cosas se les fuera complicando, y se fueran convirtiendo progresivamente en acontecimientos más brutales para ellos.

Por ello, entre los años 37 al 41 es entronizado Calígula en el gobierno imperial, también de la dinastía Julia. Julia es la dinastía que arranca con Julio César, luego Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. Calígula era un verdadero demente que llega al trono imperial romano; y se caracterizó por haber establecido la adoración obligatoria al emperador en todo el territorio del Imperio; y eso, claro, constituyó un eslabón más para enardecer la rebelión judía contra el Imperio. Es conocido que Calígula nombró cónsul a su caballo; e incluso sobre el lago de Nápoles hizo echar un puente de cinco kilómetros de barcos para pasar él con su caballo.

Pero lo importante en esta enseñanza es que él le apretó el cinturón a los judíos al quererlos obligar a que lo adoraran. Él se identificó como un dios y

ordenó que su estatua se introdujera en todos los lugares de culto, incluido el Templo de Jerusalén.

Todo eso iba haciéndole más difícil la existencia a los judíos como nación, pues ellos no podían admitir este sometimiento idolátrico y cruel. Además, ellos se creían con fuerza suficiente como para sacudirse del yugo romano; además de la seguridad que decían tener con el Templo, también tenían guerrilleros experimentados como los zelotes, los esenios, los sicarios; y cada vez que ellos se levantaban y se enardecían con mayor coraje, peor les iba, porque el enemigo romano más se hacía sentir como el más sanguinario de todos los imperios de la historia.

Al morir Calígula, le sucedió en el trono imperial Claudio, sobrino del emperador Tiberio, quien gobernó del año 41 al 54. La Biblia menciona a Claudio porque durante su mandato hubo una gran hambre en toda la tierra (cfr. Hechos 11:28), y porque él ordenó que todos los judíos saliesen de Roma (cfr. Hechos 18:2) porque «constantemente estaban alborotando a la instigación de Cresto».[1] Claudio era una persona enclenque y enfermiza; además era tartamudo. ¿Por qué permitió Dios que este hombre ocupara el trono imperial en esta hora coyuntural para Israel? Debe haber sido por una razón muy importante, pues Dios no hace las cosas por hacerlas.

Claudio envió a Judea un procurador de nombre Antonio Félix, quien estuvo al frente de ese cargo

[1] Así dice parte del edicto imperial del año 49 o 50. Cresto se refiere a Cristo.

desde el año 52 hasta el 59, en tiempos en que estaba el apóstol Pablo preso en Cesarea (cfr. Hechos 23 y 24), y se caracterizó por ser más cruel aun que Pilato, y demasiado codicioso.

Al morir Claudio, envenenado por Agripina, su propia esposa, en el año 54, le sucedió en el poder Nerón, el último emperador de la dinastía Julia, quien gobernó hasta el año 68. El Señor fue crucificado al comenzar la primavera del año 30; de manera que vamos observando que los acontecimientos se iban desarrollando *in crescendo*, y nos vamos acercando al gran final del Israel de ese tiempo; y vemos acercarse la destrucción de lo que Anás y Caifás tanto defendían. Por esa causa vamos anotando *a grosso modo* acerca de los gobernantes más significativos de ese período, con sus datos cronológicos.

En tiempos del emperador Nerón, fueron martirizados incontables cristianos, entre ellos los apóstoles Pedro y Pablo. Nerón envió a Judea a Porcio Festo, un procurador más cruel que todos los anteriores, quien se desempeñó desde el año 59 hasta el 61. Sucedió a Félix durante el tiempo de prisión de Pablo en Cesarea (cfr. Hechos 24:27y ss.). Después de él vinieron a Judea como procuradores: Luccecio Albino (61-64), y Cessio Floro (64-66), también enviados por Nerón. Floro fue el último procurador romano en tierras de Israel; y su estadía entre los judíos fue algo desastroso, porque él tenía el firme propósito de que el pueblo judío rindiera adoración al emperador. Floro oprime

a los judíos de tal manera que los obliga a tomar las armas.

No quedará piedra sobre piedra

El año 66 es, pues, una fecha clave, porque empieza en firme la guerra judía contra el Imperio Romano, la cual culmina en el año 70 con la destrucción de Jerusalén. Entonces vamos a entrarnos un poco en el desarrollo de esta gesta.

En primer lugar, digamos que la destrucción de Jerusalén y del templo fue profetizada por el Señor Jesús. Veámoslo en Mateo 24:1-2: «*Cuando Jesús salió del templo y se iba, se acercaron sus discípulos para mostrarle los edificios del templo*». Tal vez se querían agradar con Él, y escuchar cómo le parecía aquel templo que Dios había mandado construir; y a lo mejor querían escuchar qué decía el Señor de cómo los hombres habían adornado aquel hermoso templo. Tantas toneladas de oro invertidas.

Querían saber cómo le parecía a Jesús todo ese esplendor. A lo mejor deseaban que el Señor les dijera: Estoy satisfecho; y que, bueno, los judíos habían sido un poco pillos, que se habían portado un poco mal, pero ese bello templo los reivindicaba; de todas maneras, este templo está muy hermoso. Vale la pena conservarlo. Pero no, Él no les dijo eso. Miremos la reacción del Señor. «*Respondiendo él, les dijo: ¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada*».

Acto seguido, el Señor subió al monte de los Olivos para contemplar desde allá todo eso que habría de ser destruido; y estando Él mirando esa panorámica de Jerusalén, de repente se le acercaron sus discípulos para que les explicara las palabras que les acababa de decir allá en el templo.

Hay algo importante en medio de todo esto, y es que el Señor les advirtió a sus discípulos de la tragedia que se sobrevenía; y les dio una señal para que ellos se salvaran de ese inminente momento trágico. Lo leemos en Lucas 21:20-24:

«*Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado.* [21]*Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que en medio de ella, váyanse; y los que estén en los campos, no entren en ella.* [22]*Porque estos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas.* [23]*Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! porque habrá gran calamidad en la tierra, e ira sobre este pueblo.* [24]*Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan*».

El Señor les puso en sobre aviso: Cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, huid inmediatamente; no se detengan para recoger nada. El Señor, que es tan misericordioso, tan precioso, les dio a la iglesia en Jerusalén y en toda la tierra de los judíos, la oportunidad que brevemente explicamos a continuación.

La autoridad suprema romana en toda la región era el gobernador de Siria. Para cuando comienza la guerra de los judíos contra los romanos, era gobernador en Siria Cestio Galo; él con un ejército de treinta mil hombres entró en Judea con el fin de sofocar la revuelta guerrillera, y antes de sitiar a Jerusalén incendió cuanta ciudad y villa encontró por el camino. Pero los zelotes, con Simón Bar-Ghiora y Eleazar ben Simón a la cabeza, hicieron dispersar a las tropas romanas. Él logró sitiar la ciudad de Jerusalén; y cuando ocurrió el sitio y empezó la mortandad, los hermanos de la iglesia de Jerusalén y de la región se acordaron de las Palabras del Señor, y al tener la oportunidad, salieron de las ciudades, y a una huyeron a Petra, una ciudad incrustada entre las rocas dentro de la provincia de Perea, hoy territorio de Jordania. La iglesia, pues, fue librada al obedecer al Señor.

Pero fue librada porque el Señor les había dado esa señal. Galo al huir había perdido unos seis mil soldados, pues los judíos le infligieron graves pérdidas. Esta incursión de tropas romanas la permitió el Señor con el fin de, por un lado, como para que se cumpliera la señal para que la iglesia tuviera la oportunidad de salir antes de que llegara lo peor, y por otro lado, para envalentonar y endurecer más a los judíos.

Vespasiano emperador

Recordemos que el profeta Daniel ya lo había dicho; ya había profetizado la invasión romana para sitiar a Jerusalén después de la crucifixión del

Señor Jesús. «*Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones*» (Dn. 9:26).

Eso mismo se cumplió en el tiempo de la guerra de los judíos contra el Imperio Romano. El príncipe que llegó se llamó Vespasiano, un general romano enviado por el emperador Nerón. Nerón estuvo gobernando hasta el año 68, y Vespasiano fue enviado desde Roma al frente de poderosas legiones en el 66, a fin de que aplastara la rebelión de los judíos de una vez por todas. Este general llega a las tierras de Israel en la primavera del año 67.

Después de la muerte de Nerón, del 68 al 69 le suceden unos tres emperadores en Roma, Galba, Otón y Vitelio; a los dos primeros los asesinan, y Vitelio se mató él mismo, quedando así acéfala la corona imperial romana. Para esa fecha ya Vespasiano había sometido a muchas ciudades galileas; porque él no se fue directamente a Jerusalén, sino que se dirigió con sus tropas al norte, a Galilea, y empezó a someter ciudad por ciudad. Cuando ya toda la región estaba sometida, y despejado el ambiente hostil, y se iba acercando a Jerusalén, entonces los acontecimientos dieron un giro contundente.

En ese tiempo muchos generales romanos fueron proclamados emperadores por el ejército. Entonces las tropas acantonadas en Egipto,

Palestina y Siria proclamaron a Vespasiano como el nuevo emperador; y él inmediatamente emprende el regreso a Roma, no sin antes dejar al frente de la campaña en contra de la rebelión judía, a su propio hijo, el general Tito. Este general fue el encargado entonces de seguir acercándose a Jerusalén, hasta que llegó y empezó el sitio de la ciudad.

El sitio de Jerusalén

En ese tiempo Jerusalén estaba muy bien protegida y rodeada por unas murallas inexpugnables; de manera que nadie podía entrar en la ciudad por la fuerza. Entonces los romanos procedieron a talar todos los árboles, y a erigir un fuerte vallado de madera; a la vez hicieron muchas cruces, de manera que judío que saliera de la ciudad era judío que crucificaban. Eso impidió la entrada de alimento a la ciudad.

Sus habitantes, no midiendo la magnitud de la tragedia, habían pensado que con el alimento que habían previamente acumulado, se iban a sostener; pero resulta que mientras iban rodeando las tropas romanas a Jerusalén, dentro de la ciudad quedaron atrapadas facciones que se odiaban entre sí, y se gastaban el alimento; aun zelotes se mataban con idumeos que habían sido llamados para defender la ciudad.

Cuando al fin las tropas de asalto lograron entrar, usando máquinas de guerra como los arietes, y quemando las puertas de la ciudad,

después de cinco meses de sitio; cuando entraron, tuvieron que caminar por las calles sobre montones de cadáveres. Se habían matado unos con otros, otros se habían muerto de hambre, otros de pestes. Había tanta hambre que a veces se atrevían a incursionar fuera de la ciudad, si es que lo lograban, para recoger hierbas para alimentarse; y lo más triste es que se daba el caso de que alguien se iba a meter a la boca un poquito de hierba para mitigar el hambre, y un hijo se lo rapaba para comérselo. Y se dio el caso de que mujeres hervían a sus propios hijos y se los comían.

A los sumos sacerdotes los mataban. Por ejemplo, al sumo sacerdote Ananías (47 - 58 d. C.), el mismo que ordenó que abofetearan al apóstol Pablo, al que Pablo le dijo: "*¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada!*" (Hechos 23:3), a él lo mataron los zelotes en el año 66 por ser amigo de los romanos. Entonces lo golpeó el Señor; y lo mataron en Jerusalén. De manera que en esa ciudad ocurría la desbandada más horrible; y las familias adineradas y de la más alta clase social de Israel, no escaparon de esta desgracia, y también tuvieron que llegar a alimentarse de la carne de sus propios hijos.

Cuando las tropas romanas comandadas por Tito lograron entrar, ya había una orden perentoria del mismo Vespasiano y de su hijo Tito, la cual se debía cumplir, de que no tocaran el templo.

Pero cuando aquellas tropas penetraron y contemplaron que aquel templo estaba enchapado en oro, la avaricia humana pudo más; y no se sabe

cómo, unos dicen que a propósito, otros dicen que pudo ser un accidente, pero la realidad es que un soldado lanzó una tea encendida, y como había mucha madera seca, forrada de oro, ante la abundancia de la madera, incluso podía empezar el fuego por las puertas, y empezó a propagarse el fuego y a arrasar aquella joya de templo; y el fuego prosperaba avanzando por el templo; y ellos no podían ya evitarlo; al contrario se mataban unos con otros en esa confusión, incluso caían soldados muertos allí en ese recinto.

Aquel calor era abrasador, y tuvieron que esperar que todo se enfriara; y como el oro se había derretido por el calor, se fue metiendo por los intersticios de las piedras. Ese templo había sido construido con unas enormes piedras rectangulares, labradas exclusivamente; de manera que el oro se fue incrustando entre piedra y piedra. Al enfriarse todo, ellos procedieron a arrancar el oro, pero como había oro entre las piedras, se vieron precisados a arrancar piedra por piedra, empezando por las superiores.

Cuentan los historiadores que los soldados legionarios romanos quitaban una piedra y sacaban el oro; quitaban la siguiente piedra y sacaban el oro, y así sucesivamente; de manera que no quedó ni una sola piedra en pie, cumpliéndose de esta manera la profecía del Señor Jesús. Si no hubiera sido por el fuego, ¿para qué se hubieran puesto a arrancar de su sitio todas esas piedras? Nadie se da a la tarea de demoler un edificio si no hay necesidad; pero la codicia los llevó a aquello, pues

la codicia los impulsaba al saqueo y a llevarse todas esas toneladas de oro para Roma.

Un odre nuevo sustituye al viejo

Aquella matanza fue horrible; había ríos de sangre. Y de los que quedaron allí vivos, fueron vendidos como esclavos en pública subasta, y un buen número fue llevado por Tito como trofeo a Roma. Allí se acabó la ciudad y el templo, y se acabó Israel; se acabó el centro de la religión judía, se acabó el odre viejo, y empezó a surgir el verdadero odre, la iglesia, la morada viva de Dios, la que ellos no podían ver ni admitir; y que nosotros la vemos, y que hoy estamos convertidos en ese templo, en esa morada, que no apreciamos en la magnitud en que debiéramos apreciar.

Porque nosotros no tenemos un templo lleno de oro, sino que tenemos al mismo tesoro eterno dentro de nosotros; y no vamos a participar de una gloria de veinte años, ni de cincuenta ni de cien. Es la gloria eterna. Es un peso de gloria que ahora no podemos imaginar.

De manera que aquellas cosas fueron apenas la sombra de la verdad, el tipo del verdadero templo, del verdadero sacerdocio, de Dios morando en su verdadera casa. ¿De qué le sirve a Dios tener templos de oro, adornados de oro, si los que están allí no le conocen? Es mejor tener un templo vivo, pero que le conozcamos y sepamos que el que vive en nosotros es el Dador de la vida, el dador de la salvación.

Todo eso lo permitió el Señor; y de eso debemos tomar muchos ejemplos para nuestras vidas, para que la iglesia no vuelva a caer en lo que cayó el judaísmo, y en lo que ella misma cayó en la historia; para que la iglesia que el Señor está restaurando cada día se renueve con la ayuda del Señor, con su gracia y su misericordia. Seamos nuevos todos los días.

Digámosle al Señor cada día: Señor, llena tu odre; es tuyo, Tú lo compraste. Es una casa que te habla, que te adora, que te consciente. Tú eres el verdadero tesoro, Señor Jesús.

Capítulo 5

EL ODRE DE DIOS EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Una síntesis histórica

En este capítulo abordamos la última parte de nuestro corto estudio acerca del nuevo odre de Dios, que se refiere a lo que atañe propiamente a la iglesia del Señor, haciendo un apretado recuento, o mejor, una síntesis, de su desarrollo histórico.

Hemos visto cómo en el primer siglo de nuestra era, Dios vino a morar entre los hombres, pues aconteció la encarnación del Verbo de Dios, su humilde nacimiento, su vivir humano en la persona del Señor Jesús, su bautismo en el río Jordán a la edad de treinta años, y su ministerio terrenal en Israel, su pasión en Jerusalén, su muerte en una cruz en el Monte de la Calavera, su sepultura, su resurrección, su glorificación a la diestra del Padre, la venida del Espíritu Santo, y el comienzo o nacimiento de la iglesia en aquel día de Pentecostés del año 30, más o menos.

Con el nacimiento de la vida de la iglesia del Señor Jesucristo; tiene comienzo la edificación del odre nuevo de Dios; la parte de los hermanos de raza judía se salen de la sinagoga, y empiezan los

santos a reunirse como iglesia en las casas, como lo narra el libro de los Hechos.

También el primer siglo es el escenario de una gran revuelta de los judíos en contra del dominio del Imperio Romano. Y ya hemos comentado cómo el Imperio Romano destruyó esa nación, aniquiló totalmente a la capital y arrasó con el templo, no quedando en pie piedra sobre piedra; de manera que ese paradigma y esa expresión externa del judaísmo terminó allí, y se vino a pique todo eso derribándose desde las alturas de esos empedernidos y altivos corazones que habían rechazado al Señor; e Israel no volvió a tener vida nacional durante siglos, hasta el año de 1948, pues desde finales del siglo XIX empezaron a regresar los primeros hebreos a su tierra.

En ese tiempo, al recrudecerse el levantamiento del pueblo judío contra Roma en el año 66, el emperador Nerón envió al general Vespasiano al frente de las legiones romanas, con su hijo Tito, para enfrentar la rebelión judía, y darle solución definitiva. Vespasiano determinó comenzar por Galilea, e iban tomando ciudad por ciudad, arrasando con todo; pero antes de que se aproximaran a Jerusalén, las legiones de Oriente lo proclamaron emperador, en oposición a Vitelio. Ante aquel giro de los acontecimientos, y tener que trasladarse a Roma, encargó a su hijo, el general Tito, que prosiguiera al frente de la lucha contra la rebelión judía. Fue cuando en el año 70 del primer siglo fue destruida Jerusalén y el hermoso templo. A la muerte de su padre, Tito llegó al trono imperial

hasta el año 81, quien a su vez fue sucedido por su hermano Domiciano. Fueron los tres emperadores de la dinastía Flavia, del primer siglo.

La revelación de Patmos

Tito Flavio Domiciano, comúnmente conocido como Domiciano, fue emperador de Roma del año 81 al 96; gobernando unos quince años. Pero, ¿por qué estamos mencionando esto del emperador Domiciano? Lo mencionamos debido a que este emperador desarrolló una política de persecución en contra de todos los que no le adorasen en todo el territorio imperial. Con una saña poco acostumbrada por sus antecesores, Domiciano obligó a sus súbditos a que lo adorasen, y para ello el imperio había edificado templos dedicados a la adoración del emperador, con sus efigies, donde tenían que ofrecerle sacrificios y quemarle incienso, so pena de graves consecuencias. Pero cuando un cristiano llegaba al conocimiento de Jesucristo, no tenía alternativa sino adorar al único Dios verdadero y tener un único Señor, al Señor Jesús. Para nosotros, por convicción, no hay más que un solo Dios y un solo Señor; de manera que el emperador Domiciano emprendió una persecución voraz por todas las iglesias cristianas ubicadas en el territorio imperial. ¿Y qué consecuencias sobrevenían para quienes se negaran a adorar al emperador? Se producían arrestos en masa, pérdida de los bienes, boicots económicos, y a veces incluso hasta la pena capital.

En este escenario, el apóstol Juan, ya anciano a finales del gobierno de Domiciano, más o menos en el año 95, residiendo en Éfeso, fue enviado prisionero a la isla del Mediterráneo llamada Patmos. El Señor hubiera podido librar a su anciano siervo de ser deportado solitario a una apartada isla; pero Él lo permitió con el propósito de darle al apóstol Juan una serie de revelaciones escatológicas, que son las contenidas en el libro de Apocalipsis. Este libro se escribió, pues, más o menos en el año 95.

Los siete períodos del odre de Dios

Se supone que en ese momento histórico no había iglesias locales en las ciudades de Israel, pues esas ciudades habían sido arrasadas y despobladas; y los hermanos se habían salido antes del gran final de la nación judía. Eso nos conduce a observar que al iniciar el libro del Apocalipsis vemos que el Señor le ordena a Juan que este libro, el Apocalipsis, sea enviado con sendas cartas, a siete iglesias de siete ciudades, pero ninguna de las siete estaba ubicada en el territorio de Israel. Bueno, es posible que alguna de esas cartas hubiese podido ser enviada a la iglesia en Jerusalén; pero no, ahí no había iglesia local alguna. Entonces el Señor escoge siete iglesias de siete ciudades de la provincia romana de Asia, territorio que hoy se conoce como Asia Menor, y que corresponde a la moderna nación de Turquía.

Juan, obedeciendo al Señor, envía estas siete cartas con su libro adjunto, que son siete profecías

de iguales períodos del desarrollo histórico de la Iglesia de Jesucristo, el odre del Señor. Son siete períodos proféticos que se han cumplido en la historia; y lo curioso es que en el cumplimiento de esas profecías, vemos cómo se degeneró y deterioró la iglesia por su compromiso con el mundo, con el Estado, con la política, con la religión de trasfondo babilónico, a tal punto que con el tiempo la Palabra de Dios misma llegó a ser un libro prohibido. El mensaje del Apocalipsis fue enviado, pues, a las iglesias de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.

ÉFESO

Desde el comienzo de su existencia, la iglesia fue blanco de los ataques del enemigo, pues desde el siglo primero, que corresponde al período de Éfeso, hubo judaizantes, gnósticos, ebionitas, y los nicolaítas ya se hacían sentir con sus obras; corrientes todas que pretendían contaminar y hacerle mucho daño a la iglesia. Pero el Señor siempre estuvo allí para protegerla, ayudándola; y el odre de Dios prevaleció muy por encima de todos estos ataques.

ESMIRNA

Después hubo un período, el de Esmirna, de persecuciones, de amarguras, de purificación. Eso lo permitió el Señor para ayudar a la iglesia en su desarrollo espiritual y testimonial. Un amigo mío cristiano me decía en estos días que cómo era

posible que el Señor permitiera que la iglesia fuese a pasar por el período de persecución en el tiempo de la gran tribulación durante el gobierno del anticristo, siendo que el Señor ama tanto a su iglesia, y que Él no iba a permitir que su iglesia sufriera, siendo que el mismo Cristo ya había sufrido por la iglesia. Claro, uno en un caso semejante pudiera pensar:

«*Erráis porque ignoráis las Escrituras*» (cfr. Mr. 12:24). ¿Por qué?

Sí, Cristo ya sufrió, pero su sufrimiento fue para justificarnos y salvarnos; ahora nosotros debemos sufrir para edificarnos. Si nosotros no sufrimos, es difícil que crezcamos en lo espiritual, y nos despojemos de lo mundano. Si no hay sufrimiento en nuestro andar con Cristo, no podemos conocernos ni conocerle a Él; si no somos podados y limpiados, no damos fruto, ni nos transformamos, ni dejaríamos de conformarnos a este mundo, como tampoco podríamos entrar a responsabilizarnos en nuestra parte en el trabajo de la edificación de la iglesia. Citas bíblicas lo respaldan, como Fil. 1:29; Hch. 14:22; Mt. 5:12; Ro. 8:17; Ap. 6:11.

Y, entre otras cosas, le dije a mi hermano en la fe: ¿Te acuerdas, hermano, que hubo un período de la iglesia cuando fueron sacrificados miles de hermanos? ¿Te acuerdas también que después hubo un largo período conocido en la historia como la Inquisición, cuando hubo millones de gente muerta por causa de creer en el Señor Jesucristo?

PÉRGAMO

El período de los mártires fue antes de que la iglesia se comprometiera con el Estado pagano en tiempos de Constantino el Grande. Claro, para mucha gente, cuando surge en la historia un hombre como Constantino, pensadores que le hacen la apología a las corrientes religiosas de raigambre mundana, lo han catalogado como el gran libertador del cristianismo, como un hombre elegido y enviado por Dios con una misión de alta importancia para la Iglesia.

Pero lo curioso es que Constantino hasta el último día de su vida, siempre ostentó la prelacía de ser el sumo pontífice de la religión babilónica; jamás se despojó de esa investidura. ¿Cómo puede pensarse que el Señor determine encargar una delicada tarea al representante visible de su enemigo en esta tierra? Además, ¿estará en la voluntad del Señor que su iglesia se una al mundo de donde la sacó? Ubiquémonos. Constantino determinó expedir el edicto de tolerancia atrayendo a los cristianos, animado únicamente por motivos políticos, no necesariamente religiosos. Constantino era consciente de que en los cristianos había una fuerza indestructible, tanto que preferían ser martirizados antes que adorar al emperador o involucrarse en la religión del Estado; él lo había constatado al estudiar siglos de persecuciones sangrientas, sin que el Estado hubiese obtenido victoria alguna frente a este fenómeno. Y observaba que cada día se hacía más fuerte la vida de la iglesia, involucrándose hasta en los

aposentos mismos del pretorio. Entonces determinó, por un lado tener el favor del Dios de los cristianos, y por el otro tener inclinada de su lado la balanza política de los cristianos y asegurar la unidad del imperio.

Entonces, el edicto de tolerancia publicado a comienzos del siglo IV tuvo la motivación de ir acercando a los cristianos a las esferas gubernamentales, despertándoles la confianza; luego siguió el ofrecimiento de prebendas, posiciones políticas y religiosas; y eso fue un veneno para la iglesia. La iglesia, al comprometerse con el mundo, experimentó un descenso espiritual; bajó de los lugares celestiales con Cristo Jesús, dejó de ser peregrina, y descendió a morar en la tierra, a hacer compromisos con los gobernantes de este mundo. Dice la carta a Pérgamo: «*Yo conozco tus obras, y dónde moras* (bajó a habitar en la tierra, a echar raíces acá, a interesarse por lo terreno)*, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre*» (Ap. 2:13). El trono de Satanás es aquí, en este mundo. La Biblia le llama el príncipe (el primero) de este mundo. «*Pero retienes mi nombre*»; todavía en tiempos de Pérgamo, la iglesia retenía el nombre del Señor.

De manera que al bajar a morar en la tierra, se comprometió la iglesia con el mundo, con su política, con sus métodos económicos, con su religión, incluso con su codicia; empezó entonces un proceso de aculturamiento religioso, tanto de la parte babilónica como del judaísmo. La iglesia se unió con el Estado como se unen las parejas en

matrimonio. Eso es el significado de la palabra «*pérgamo*», una unión matrimonial de fuertes y estrechos lazos, pues el sufijo ***gamo*** o ***gameto*** se traduce enlace matrimonial, pero el prefijo ***per*** sugiere alta concentración, como sucede con ciertas sales químicas como en el permanganato de potasio. Eso indica que esa unión de la iglesia con lo del mundo fue muy estrecha.

TIATIRA

De ese matrimonio hubo una hija. La denominamos «hija» porque tiene nombre femenino, *Tiatira*, que es identificada con la iglesia católica romana; inclusive en el contexto de la carta a Tiatira aparece una mujer que profetiza, enseña y seduce a los siervos de Dios a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. Todo eso significa que es una mujer que manipula a través de un poderoso sistema religioso. Si uno quiere ahondar en el perfil de la Jezabel apocalíptica, debe consultarlo en el Antiguo Testamento, donde a finales del primer libro de Reyes encontramos las características de la esposa del rey Acab. Y todo comienza porque el rey Acab era el heredero de un trono formado como producto de una división del reino, facción que se entregó a la idolatría y a hacer lo malo delante de Dios. Para el rey Acab no fue difícil unirse en matrimonio con una mujer extranjera e idólatra, pues Jezabel era hija del rey de Sidón, donde no conocían al Dios de los hebreos, y en cambio adoraban a Baal; y para agradarle, Acab le construyó un templo a Baal en

Samaria, y ella introdujo esa adoración a Israel, y con ella se trajo cuatrocientos sacerdotes de Baal, para que Efraín, el reino del norte, se olvidara del todo de Dios, del Dios de los hebreos, y empezaran a adorar a Baal por orden expresa del Estado. Todo aquel que encontraran adorando a Yahveh, se exponía a que lo castigaran incluso con la muerte. Es exactamente como la moderna Jezabel lo ha hecho, y no nos sorprenda que por ahí lo siga haciendo.

Es de recordar que a Jezabel se le enfrentó el profeta Elías, y retó a los cuatrocientos cincuenta sacerdotes de Baal en el monte Carmelo, para que tanto ellos como Elías sacrificaran un buey, ellos a sus dioses, y Elías a Yahveh, y delante del pueblo probar que el Dios que respondiere por medio del fuego, ese sería Dios. Y ellos gritaban, diciendo; Baal, respóndenos; pero no hubo respuesta alguna. Y cuando le tocó el turno a Elías, clamó a Dios, y Dios envió fuego del cielo, y lamió todo el sacrificio, y hasta el agua se llevó. Gloria a Dios.

Bueno, digo esto para comparar la Jezabel del Nuevo Testamento con la del Antiguo Testamento en tiempos del rey Acab. Recuérdese que uno de los significados del nombre Jezabel es «*no casada*», en el sentido de ser rebelde ante su marido. Vemos, pues, que la hija de ese matrimonio desigual, que también la Biblia llama la gran ramera, procuró alejarse de los principios bíblicos de la iglesia, y empezó a relacionarse con toda la idolatría y todas esas oscuras profundidades babilónicas. El obispo de Roma se fue enalteciendo

por encima de los demás obispos del mundo, adquiriendo mayor poder y autoridad en toda la cristiandad, hasta que llegó a asumir para sí la dignidad babilónica y satánica de sumo pontífice, hasta el día de hoy en que lo ostenta el Papa de turno.

Ya consolidados, habían arrastrado con todo lo babilónico y muchas cosas del judaísmo; templos, altares, sacrificios, confesiones, vestimentas sacerdotales, tiaras, ritos, liturgias, imágenes, procesiones, antiguos dioses con nombres cambiados y sus respectivas festividades. Así como en Babilonia había una casta sacerdotal, y en el judaísmo también, el romanismo organizó un clero encabezado por el papa, luego los cardenales, los arzobispos, obispos y sacerdotes; incluso vemos las religiosas que evocan las sacerdotisas paganas y las vestales. Todo eso no es bíblico, sino espurio. Claro, ellos empezaron a desarrollar sus propias políticas, imitando el derecho romano y la organización política del imperio, como las diócesis y las parroquias. Así se conformó la apariencia externa de la religión del mundo con ropaje cristiano. La iglesia dejó de ser peregrina, y copió el formulismo de una religión terrenal, algo grato a los sentidos de los hombres.

En una organización de férreo entrelazamiento de la religión y la política, se pueden alcanzar posiciones eclesiásticas a través de manipulaciones políticas y valiéndose de padrinazgos, y viceversa. Claro que esa posición y ese cargo son meramente lucrativos, lejos de ser

un llamado de Dios. Vemos, pues, un odre viejo en todo eso. Por otro lado, por la estrecha relación entre la iglesia y el Estado, pronto ese ingente poder del Estado pasó a la disposición de los líderes del cristianismo oficial, y al gozar éstos del poder de imponer las decisiones, no tardó mucho para que los perseguidos se convirtieran en perseguidores.

Un pequeño remanente

Pero a pesar de que ese *status* duró intacto durante mil años ejerciendo su monopolio; sin embargo, han subsistido siempre pequeños grupos aislados de hermanos fieles al Señor; y durante la Edad Media ese remanente mantenía vivo y nuevo lo que la Palabra llama el odre. Inclusive cuando ya fue siendo una realidad todo ese mover de unión de la iglesia con el Estado, y se fueron corrompiendo las costumbres, muchos hermanos seguían constituyendo pequeñas iglesias que delineaban una continuidad desde las iglesias bíblicas primitivas, las cuales expresaban su inconformidad con la unión de la iglesia y el Estado. Por eso eran continuamente perseguidas por la iglesia dominante. Por esa causa, a veces eran voces que clamaban en el desierto, y por el temor de que fueran a ser objetos de persecución, algunos callaron, otros se fueron al desierto a vivir fuera del mundo como anacoretas. Veamos algunos ejemplos.

Valdenses. Podemos mencionar un grupo surgido a comienzos del segundo milenio; se tata

de los valdenses. Son los seguidores de los lineamientos de Pedro Valdo, quien residía en Lyon, Francia. Valdo era un próspero mercader que en 1173 decidió repartir sus riquezas entre los pobres, e hizo voto de vivir la pobreza evangélica. Muchas personas veían su testimonio y empezaron a acompañarlo en esa clase de vida; y les empezaron a conocer como *los pobres de Lyon* o también *los pobres lombardos*. Al comienzo, tuvieron aceptación dentro de la jerarquía papal; es más, fueron recibidos en el tercer concilio de Letrán, en el año 1179, por el papa Alejandro III, y les aprobaron su forma de vida; pero les insistieron que no les permitían la predicación de la Palabra a las personas laicas e iletradas; eso significa que debían permanecer con la boca cerrada.

Más tarde, junto con otros grupos como «*los humillados*» (los trabajadores de lana de Milán), fueron condenados por herejes en el concilio local de Verona (1184), y se convirtieron en uno de los puntos principales de mira de la Inquisición. Nótese que el mismo papado que los había aprobado, luego los condenó; no obstante que los papas dicen que son «infalibles». O a lo mejor, habría que pensar que el anterior no era infalible.

Los valdenses no intentaban salirse del sistema, sino que pregonaban por una reforma dentro de la iglesia, cuya meta fuese alcanzar los lineamientos del Nuevo Testamento, el ideal apostólico que promovía la pobreza, la humildad y simplicidad del estilo de vida, sobre todo del clero, en claro contraste con la manera de vivir de muchas

autoridades eclesiásticas de la época. Pero eran mal vistos debido a que condenaban la corrupción del clero.

Los valdenses tenían conocimiento de la Palabra de Dios, y criticaban, además. la enseñanza y la práctica de la iglesia oficial sobre el purgatorio; como también, se oponían a la venta de indulgencias. Ellos fomentaban la predicación de los laicos, tanto de hombres como mujeres. Lo que pasaba es que como los declaraban herejes, entonces tuvieron que huir los que no querían morir, o callarse; porque la ramera siempre ha usado métodos violentos para acallar a las personas, aun a sus mismos papas.

En ese tiempo, la gente del pueblo se caracterizaba por analfabetismo y su profunda ignorancia; totalmente diferente a los tiempos actuales en que la sociedad goza de un alto grado de conocimiento general, y se han perfeccionado los medios de comunicación social. Sí, hay métodos oscuros que se pueden estar dando en el mundo, y ellos pueden usar inclusive fuerzas armadas para sus protervos fines. Pero el caso es que en la historia se registran hechos puntuales en que la iglesia católica romana dispuso de ejércitos a su servicio para ocupar los territorios papales y acabar con sus enemigos. Tenemos el caso también de las famosas cruzadas de verdaderos ejércitos europeos enviados a Palestina para recuperar el dominio de los lugares sagrados. Muchos se alistaban por ignorantes, creyendo en

las promesas de ganar y asegurar la eterna salvación y otras prebendas de orden temporal.

Juan Wycliffe. Más tarde surge en Inglaterra otra figura muy relevante dentro de esa línea de los pre-reformadores. Juan Wycliffe (1320-1384) fue un sacerdote católico, pero que estaba en contra de la riqueza del clero y la falta de piedad de los sacerdotes; y consideraba que la única cabeza de la iglesia no era el papa romano, sino Jesucristo; proponía privar al clero del poder profano y privarlos de los bienes que debían ser utilizados para fines caritativos. Por eso es que a Wyclif lo han llamado «*la estrella matutina de la reforma*», porque él y sus ideas se perfilaron antes de Lutero. Él se atrevió a plantear el programa de la iglesia pobre. Sus seguidores fueron llamados *lolardos*. Posteriormente Wyclif fue declarado hereje por el papa de turno, y murió de un infarto en medio de uno de sus pregones.

Juan Hus (1372 - 1415). Este reformador religioso checo, nació en Husinec, aldea en el sur de la República Checa, en la provincia de Bohemía. Los escritos y obra de Wyclif influyeron poderosamente en este también sacerdote católico. En tiempos de Hus se estaba dando en Europa lo que se ha conocido como el cisma de occidente, pues simultáneamente funcionaban dos sedes papales, de manera que había un papa en Roma y otro en Avignon, Francia; y ambos esgrimían pretensiones de legitimidad. Hus aprovechaba toda esa coyuntura para predicar en contra de la

corrupción del clero y la voracidad y falacia de Roma. Y, claro, le prohibieron predicar.

A fin de tratar lo del cisma y otros problemas coyunturales, fue convocado el Concilio de Constanza (en la actual Alemania); y, claro, Hus fue citado a que compareciera ante los tribunales del concilio. A la sazón, Segismundo, emperador del sacro imperio romano germánico,[2] hermano del rey checo Wenceslao IV, apeló a Hus a que acudiera al concilio de Constanza, pues el papa había amenazado a toda la nación checa con la interdicción si seguía escuchando y siguiendo las ideas de Hus; y luego podrían caer en la desgracia de ser excomulgados. Esa era una poderosa arma que el Vaticano esgrimía en esos tiempos de extrema ignorancia y oscuridad.

El emperador Segismundo le expidió un salvoconducto imperial asegurándole que nadie iba a atentar contra su vida y libertad. Pero al llegar Juan Hus a Constanza, fue detenido y encarcelado, y confinado en una inmunda celda cercana a las cloacas de las aguas negras de un convento. El tribunal insistía en que se retractase de sus ideas consideradas heréticas; pero Hus rehusó hacerlo, y fue declarado hereje y condenado a muerte en la hoguera. Fue quemado vivo en 1415. Cuando Hus

[2] La intención inicial de la creación el Sacro Imperio Romano germánico pudo haber sido la de que fuese la continuación del imperio romano en Occidente; pero en la historia no llegó a ser ni el remedo, por cuanto estaba establecido por Dios de que el Imperio Romano tuviera su fin, conforme lo declara el profeta Daniel en el capítulo 2. La realidad es que se manifestó como una hegemonía alemana en Europa, en el cual se ejercía el poder del Estado cristianizado, cuya cabeza principal era el papa romano, y el emperador era apenas un títere del Vaticano.

conoció la sentencia, les dijo: "*Pueden matar al ganso* (Hus en checo significa ganso), *pero dentro de cien años aparecerá un cisne que no podrán quemar*".

Esa fue una profecía, porque a Hus lo quemaron en 1415, y en 1517, cien años después, irrumpe en la historia de la iglesia otro cura católico que se le enfrentó a Roma, Martín Lutero, al cual no lo pudieron matar. Estamos viendo a grandes rasgos cómo el odre se fue avejentando, se fue degradando, se fue corrompiendo, fue perdiendo virtud celestial; pero a pesar de esas envestidas en que aveces se cree que todo está perdido, siempre ha habido un remanente fiel al Señor y a su Palabra.

SARDIS

Martín Lutero y la Reforma protestante. El alemán Martín Lutero (1482 - 1546) nace en Eisennach (Turingia) e inicia la Reforma en Alemania oponiéndose a la venta de las indulgencias (documento que exime al alma el paso por el purgatorio), y restaurando la verdad de que la salvación es por gracia que se recibe por fe en la obra de Jesucristo. Él era profesor en la universidad de Wittenberg, y ante los acontecimientos, puso como un tema de discusión con sus alumnos en su cátedra en los medios universitarios las famosas 95 tesis, y las pegó en la puerta de la capilla de la universidad. Claro que el hecho de ver al legado papal vendiendo esos documentos, y ver cómo se negociaba con la

salvación de las personas, le impactó grandemente; no obstante, la idea inicial no era enfrentarse al papado, sino discutir ese tema acerca de lo que estaba sucediendo en Europa en torno a la orden del papado. Y de ahí se abre para Lutero un serio problema con Roma y con el imperio; lo citan a comparecer a la Dieta[3] de Worms, a fin de obligarlo a que se retractara. Lutero no se retractó, y al regreso a su ciudad, en el camino fue raptado por su amigo Federico el Sabio, elector de Sajonia, a fin de protegerlo de una muerte segura en manos de los esbirros del papado; y se lo llevó secretamente a su castillo, donde lo retuvo por espacio de un año. Allí se ocupó en la traducción del Nuevo Testamento al alemán, y también compuso su famoso himno «*Castillo fuerte*». Finalmente fue excomulgado por medio de la famosa Bula *Exsurge Domine* del papa León X del 15 de junio de 1520.

En el proceso de la reforma, Dios usó a muchos otros ilustres hombres como Juan Calvino y Felipe Melanchthon, que por el espacio de este comentario no podemos detallar; pero sí queremos mencionar a aquellos seguidores de Juan Hus que desde antes de la reforma luterana venían siendo perseguidos en las provincias de Moravia y Bohemia, por su fidelidad al Señor, y se vieron precisados a huir hasta llegar al territorio alemán.

[3] Las dietas son las asambleas políticas y legislativas en algunos países europeos y del Japón. A comienzos del siglo XVI, se le llamaba dieta a la asamblea del emperador alemán con todos los electores o mandatarios regionales; es decir, cada uno de los príncipes de Alemania a quienes correspondía la elección y nombramiento del emperador.

Nicolás Zinzendorf. En Dresde, Sajonia, territorio del este de la actual Alemania, nació el conde Nicolás Ludwing von Zinzendorf (1700 - 1760), quien, por sus ideas acerca de la unidad de los hijos de Dios, es una especie de precursor de Filadelfia, la restauración de la iglesia bíblica. A los 22 años de edad abandonó la corte en Dresde y se trasladó a sus propiedades en torno de una ciudad llamada Berthelsdorf, y allí recibió a los hermanos moravos que venían huyendo de la persecución. Allí los acogió, y fundaron en sus tierras una aldea con un nombre muy significativo, *Herrnhut* (el cuidado de Dios), a unos tres kilómetros de Berthelsdorf, donde ellos practicaron una vida comunitaria. Todas sus actividades laborales, sociales, culturales, cultuales, educativas, las realizaban con criterio comunitario; y habiendo logrado llegar a tener todas sus cosas en común, pudieron ocuparse mejor de las cosas del Señor, y enviar centenas de misioneros a muchas partes del mundo, incluso a algunos países del Caribe, a los Estados Unidos, a Guyana, al África y al Asia, llevando el mensaje que fue preparando el escenario propicio dentro de la cristiandad para iniciar la verdadera restauración de la vida de la iglesia bíblica; revelación ésta que, como hemos visto, el Señor había estado preparando por medio de determinados pioneros y sus pequeños grupos de seguidores. La semblanza de estos valerosos hermanos ha estado pincelada por muchos sufrimientos, persecuciones, vejaciones; en medio de una sociedad engañada, esclavizada, ignorante y muy avasallada por las fuerzas del mal; pero el

Señor ha estado siempre ahí respaldando a sus fieles seguidores.

Con la Reforma, el Señor restauró sólo unas cosas; y el primer fruto inmediato fue la creación de diferentes iglesias nacionales en Europa, y el surgimiento paulatino de muchas iglesias denominaciones con sus normas, concepciones e intereses terrenales, cuyo énfasis constituye un nombre en torno a una doctrina, o siguiendo los postulados de un líder carismático, o de algún avivamiento. La carta a Sardis revela que la gran mayoría de feligreses conforme los lineamientos de la Reforma, sólo son creyentes nominales, como lo dice el Señor en Apocalipsis en carta a Sardis: «*Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.* [2]*Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios*» (Ap. 3:1-2).

FILADELFIA

Pero el Señor no quiere que los hijos de Dios estén divididos, ni que haya un clero espurio gobernando a la iglesia, enriqueciéndose con el comercio religioso, y otras aberraciones; y habiendo el Señor preparado antes el terreno, llega el tiempo y la sazón de Dios, de manera que alrededor de la segunda década del siglo XIX, más o menos en 1820, se dio en Plymouth y otras ciudades del Reino Unido, un fenómeno de gran importancia. Hermanos pertenecientes a varias denominaciones religiosas, en los días de la

semana distintos del domingo, se empezaron a reunir furtivamente en determinadas casas. Eran bautistas, anglicanos, puritanos, presbiterianos, en fin. Al llegar el domingo todos se reunían en sus respectivas congregaciones; hasta que llega el momento en que el Espíritu los lleva a decidir quedarse en esas reuniones por las casas y no regresar a donde ya no recibían alimento espiritual que les satisficiera; ellos no tenían ya sosiego en esas congregaciones estructuradas. Cuando alguien tuvo la iniciativa de comunicar su fuerte inquietud de quedarse para siempre juntos, todos manifestaron el mismo sentimiento y deseo; y llegó el momento en que por el Espíritu, todos se quedaron, iniciando así la restauración de la verdadera vida del cuerpo de Cristo.

De esta manera el Señor empezó por fin el período de Filadelfia, que significa el inicio de la restauración de la iglesia bíblica y del testimonio visible de la unidad del cuerpo de Cristo. Por eso, los que estamos en Filadelfia no estamos vinculados a congregación denominacional alguna. Son muchos los nombres de hermanos que se conocen en la historia que fueron pioneros de estos comienzos de restauración, entre ellos John Nelson Darby, un antiguo obispo anglicano, y Benjamín Wills Newton. En Apocalipsis 3, la carta del Señor a la iglesia en Filadelfia, que es la profecía para este período de la Iglesia, sintetiza la semblanza de esta gloriosa restauración, y palpamos allí el calor del agrado del Señor a esta amada iglesia.

De las siete cartas que perfilan la historia de la Iglesia de Cristo, podemos afirmar que la iglesia católica romana todavía existe; el protestantismo, que heredó tantas cosas de la iglesia católica, existe y existirá hasta la venida del Señor; pero el Señor empezó también a darle vida al período que se describe ahí en la carta a Filadelfia. Filadelfia en griego significa «amor entre los hermanos»; y es muy significativo cómo se presenta el Señor en esta carta:

«*Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre*» (v. 7). El Señor se presenta de acuerdo con el carácter de la iglesia; esta parte corresponde a la firma del Señor, que en vez de estar al final, aparece al comienzo de la carta.

Las fortalezas de Filadelfia

Luego continúa diciéndole en el contexto de la carta: «*Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar* (significa que los que estamos en Filadelfia podemos estar tranquilos, pues nadie puede clausurar a Filadelfia y cerrarle la puerta, porque la abrió el Señor)*; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre*» (v. 8). Vemos aquí dos o tres cosas muy importantes. La fuerza de nosotros es el Señor.

Nuestra fortaleza no depende necesariamente de los millones que podamos manejar en las

cuentas bancarias, ni las propiedades ni bienes raíces; tampoco, por lo menos en Colombia, somos propietarios de instalaciones para institutos y seminarios teológicos, ni fincas vacacionales, ni edificios, ni lujosos y enormes templos; en lo material, en la obra, muchas veces casi que trabajamos con las uñas; pero tenemos la gran riqueza del Señor.

«*Aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra*». Guardar la Palabra de Dios en la iglesia garantiza la victoria. Entre nosotros no hay un credo, pues un credo es fácil que cualquiera se lo aprenda y lo entienda. Hasta las personas iletradas pueden aprenderse y comprender un credo; pero nosotros no podemos circunscribirnos a un credo, pues tenemos toda la Palabra de Dios. Nosotros no tenemos una corriente doctrinal en torno a la cual girar. Recuerda que las doctrinas han sido y son causa de divisiones dentro del pueblo de Dios.

Muchos se han dividido por seguir alguna doctrina específica; entonces nosotros no tenemos una doctrina en particular, sino que tenemos la Palabra de Dios. Tampoco tenemos un código de ética que rija nuestra conducta, porque tenemos la Palabra de Dios y tenemos su Santo Espíritu. Nosotros no tenemos tradiciones religiosas. Muchos pueden ufanarse de que viven y practican algo por haberlo recibido por tradición de siglos; nosotros en cambio nos regimos por la Palabra de Dios.

También le dice el Señor a Filadelfia: «*no has negado mi nombre*». Nosotros no seguimos ningún

nombre fuera del Señor. No seguimos a Pedro ni a ninguno de los apóstoles. En la cristiandad hay corrientes poderosas cuyo fundamento es Pedro; también hay tendencias que siguen a Santiago, Felipe o Tomás, o San Francisco de Asís; incluso también a Wesley u otros. Nosotros no seguimos nombres de hombres por muy santos que hubieren sido nuestros hermanos, no; nosotros seguimos a Cristo, y no negamos su nombre; lo retenemos. Él es nuestro fundamento.

A cualquiera de ustedes les ha sucedido, que les han preguntado: «¿Y tú qué eres?» «Yo soy cristiano», respondes. Entonces a la persona no le satisface esa respuesta, y te vuelve a preguntar: «Sí, pero, ¿tú qué eres?» «Yo soy cristiano», le repites. La persona te insiste preguntándote tratando de sacarte a qué facción del cristianismo perteneces, qué nombre ostentas, a qué líder religioso sigues, cuál corriente religiosa te inspira. Pero si tú insistes en decir que eres simplemente cristiano, nadie te lo cree; porque para el cristianismo tú tienes que ostentar otro nombre complementario o sustituidor para que te lo puedan creer; porque dejan el nombre del Señor por el de los hombres o doctrinas o de ciudades, en fin.

Es verdad que en la Biblia encontramos el nacimiento de la iglesia el día de Pentecostés, y allí hubo una manifestación pentecostal; pero nosotros no estamos siguiendo al Pentecostés, sino que seguimos al Señor del Pentecostés; Él es quien entre nosotros se manifiesta en pentecostés cuando Él quiera. Tampoco nos denominamos en

torno al bautismo, ni en torno al gobierno de la iglesia, ni en torno a algún avivamiento, ni en torno a la venida del Señor. Nosotros no negamos el nombre del Señor, y tenemos que seguir siendo lo que somos, cristianos, sin más añadiduras. He ahí nuestra fuerza.

Los vencedores de Filadelfia. El versículo 12 puede parecer una contradicción: «*Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios*». Bueno, pero ¿vencer de qué? Filadelfia es una iglesia totalmente aprobada por Dios. De todas las siete iglesias, es la única que tiene esa aprobación total; una aprobación ciento por ciento; incluso el Señor le dice que ya tiene su corona. Por eso uno se pregunta, ¿de qué se tiene que ser vencedor en Filadelfia?

Analicemos un poco lo de los vencedores en las demás iglesias. ¿De qué tenían que ser vencedores los de la iglesia de Éfeso? Debían vencer a no dejar su primer amor, recuperar su primer amor; y debían vencer sobre las obras de los nicolaítas. ¿De qué debían ser vencedores los hermanos de la iglesia de Esmirna? Debían vencer al temor de llegar a ser martirizados. No temerle a la muerte y a las persecuciones por causa del Señor. ¿De qué debían ser vencedores los de Pérgamo? Vencer sobre la doctrina de Balaam y la de los nicolaítas; vencer sobre el servicio al mundo; vencer sobre la atracción del mundo, pues ya estaban morando en el mundo; vencer sobre su estrecha relación con el Estado idólatra.

¿De qué tienen que ser vencedores los de Tiatira? Vencer sobre las enseñanzas de Jezabel para no caer en la fornicación espiritual; vencer no comiendo de lo sacrificado a los ídolos, y sobre la idolatría misma. ¿De qué tienen que ser vencedores los de Sardis? Vencer sobre ese estado de muerte espiritual, así como también de la división del cuerpo de Cristo que de por sí protocolizan esas organizaciones denominacionales; vencer vigilando y afirmando las otras cosas que están para morir; vencer de esa muerte latente que ronda al protestantismo. ¿De qué tienen que ser vencedores los de Laodicea? Vencer sobre el orgullo, vencer sobre la autosuficiencia y la auto-confianza; vencer abriendo la puerta de su corazón al Señor.

Retén lo que tienes

Pero, hermanos, ¿de qué tienen que ser vencedores los de Filadelfia? La respuesta la encontramos en versículo 11: «*He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona*». Los hermanos de Filadelfia tienen que ser vencedores reteniendo lo que ya tienen. Debemos vencer reteniendo lo que el Señor nos ha dado y tenemos ahora.

¿Qué tenemos ahora? Tenemos el nombre del Señor Jesucristo y la Palabra de Dios. Repitamos: ¿Cómo tenemos que ser vencedores nosotros? Reteniendo el nombre del Señor y la Palabra de Dios. Tenemos que ser vencedores en esas dos cosas; porque es posible que si no las retenemos

firmemente y con humildad, cabe la posibilidad de que caigamos en Laodicea.

LAODICEA

Laodicea no es Sardis; Laodicea no es la iglesia protestante. Laodicea es Filadelfia degradada. Laodicea en griego significa «justicia del pueblo» o «juicio del pueblo». Entonces Ladicea habla de derechos del pueblo.

Observemos lo siguiente: Sardis sale de Tiatira, y Filadelfia sale de Sardis; porque Éfeso, Esmirna y Pérgamo ya no existen; se creó Tiatira, y hay una reacción del Señor frente a Tiatira, y surge Sardis salidos de Tiatira. Entonces hay una segunda reacción del Señor, esta vez frente a Sardis, y surge Filadelfia. Pero frente a Filadelfia no hay ninguna reacción del Señor, porque es aprobada por el Señor, de manera que surge Laodicea como una degradación de Filadelfia. Laodicea es una Filadelfia que ha retrocedido, que no le es fiel al Señor, que no ha retenido ni la Palabra ni el nombre del Señor, y le ha cerrado las puertas al Señor.

Siempre hay un pecado en el cual es posible caer cuando se va acumulando una riqueza de conocimiento, y de lo cual puede ser motivo de enaltecimiento. Es peligroso que uno llegue al momento de decir: Ya nosotros no necesitamos de nadie; ya lo sabemos todo; nosotros ya tenemos un gran depósito de revelación y conocimiento divinos.

No es bueno ni saludable decir, ni pensar, que ya tenemos un rico depósito de enseñanzas. No es buena la jactancia. Que el Señor nos ayude y nos guarde. Es posible que en otras latitudes hayan recibido revelaciones tan importantes o más que las nuestras. Seamos humildes. Cuidémonos de abrir la boca para manifestar necedades. Nuestros amados hermanos son muy preciosos, y nos traen enseñanzas de mucha unción. No cometamos el error de subestimar a nadie. Nosotros necesitamos del Señor cada día, y de su Palabra, y necesitamos de nuestros hermanos; y por la misericordia del Señor estamos aquí, porque el Señor nos ha abierto una puerta.

Es sumamente peligroso declarar que con tal hermano se ha culminado la revelación de Dios. Como diciendo: Ya estamos completos, ya estamos viviendo esa revelación, y ya no necesitamos que nadie venga a enseñarnos.

Entonces, el Señor está conformando, edificando, construyendo su odre. Estamos en ese proceso de edificación; y nosotros somos inclusivos, pues recibimos a todos los que el Señor recibe, los que son del Señor, porque con ellos el Señor también está edificando su odre santo, su odre limpio, su odre divino. Nosotros somos un pueblo de Dios, un pueblo inclinado ante lo que el Señor es y tiene.

Es peligroso que entre nosotros no haya amor; es peligroso que entre nosotros nos juzguemos; es peligroso que entre nosotros no nos veamos como hermanos. Fíjense que dentro de Laodicea se

habla de derechos de las personas. En Filadelfia no hay derechos de las personas; aquí hay hermanos que se aman; Filadelfia significa amor de los hermanos.

Uno puede fácilmente caer en la tentación de pensar: Tal persona en la iglesia tiene derecho a tal cosa; no, hermanos. Antes que personas, somos hermanos. Atendamos lo que el Señor nos está hablando; atendamos lo que el Espíritu Santo nos está diciendo. Amémonos como hermanos. Guardemos la Palabra de Dios, y cuidémonos siempre de retener el nombre del Señor y hacer su voluntad. Amén.